

Reseñas bibliográficas

O'Phelan Godoy, S. (ed.) (2015)

El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero y Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, 2.^a edición, corregida y aumentada, 605 págs.

El conocimiento del pasado está poblado de imágenes que continúan resonando hasta el presente. En ese sentido, el XVIII peruano se nos presenta como la centuria que preparó el camino para la Independencia. Las reformas borbónicas, reducidas por el imaginario nacional a medidas políticas, económicas y administrativas, terminaron dejando una secuela de malestar y protestas que condujeron finalmente a la ruptura con España.

Aunque, en esencia, esta impresión sea correcta, no es menos cierto que la impronta dejada por el Siglo de las Luces en el Perú y en América fue más compleja y rica de lo que en apariencia parece, no solo porque las reformas que los monarcas Borbones implantaron en su imperio tuvieron un carácter integral, abarcando virtualmente casi todos los aspectos de la vida social, política, militar, religiosa y cultural, sino también porque las huellas de las mismas continuaron sintiéndose en la Hispanoamérica decimonónica y republicana.

Estas consideraciones fueron las que llevaron a la prestigiosa historiadora nacional Scarlett O'Phelan a organizar un ciclo de conferencias que, contando con la presencia de diversos especialistas, culminó con la publicación de una compilación en 1999. Transcurridos varios años, conviene recordar la enorme acogida del libro, tanto por la calidad de los trabajos como por la variedad de los mismos, al extremo de que la edición se agotó rápidamente.

El año en curso nos trae la feliz noticia de una reedición, corregida y aumentada, que, manteniendo el mismo título de *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica*, presenta los quince artículos originales, además de tres estudios adicionales que enriquecen el libro. Después de diecisiete años, ¿qué

más se puede señalar de esta compilación que no se haya advertido en su momento, considerando que la producción historiográfica no se ha detenido? En principio, su vigencia, especialmente en el caso de los seis títulos dedicados a tópicos económicos, como es el caso de los balances relativos a la minería (Carlos Contreras), a las “industrias” coloniales (Susana Aldana) y a las repercusiones que tuvo el Decreto de Libre Comercio de 1778 en el mercado limeño (Cristina Mazzeo), todas síntesis valiosas que confirman su actualidad. A ello se suman los trabajos dedicados a aspectos puntuales y poco conocidos del devenir dieciochesco como el consagrado al comercio y los ciclos económicos de la Piura finisecular y de comienzos del XIX (Miguel Jaramillo), el concerniente a las haciendas limeñas que, en contra de la opinión generalizada, si pudieron ser lucrativas (Ileana Vegas de Cáceres) y el relativo al impacto que tuvo la Real Compañía de Filipinas en el comercio limeño (Ramiro Flores).

Por otro lado, recogiendo la multiplicidad del proyecto borbónico, la recopilación se interna también en el terreno de lo administrativo y lo institucional. En esta línea se inscriben los estudios dedicados al Convictorio de San Carlos y su papel en los avatares de la reforma de la educación superior (Grover Antonio Espinoza), al despotismo ilustrado carlista y su relación con la Iglesia y el Tribunal del Santo Oficio (Víctor Peralta), así como a las reformas experimentadas por la administración pública civil, eclesiástica y militar en el contexto de un Estado que, como el borbónico, buscaba consolidar su poder (José Francisco Gálvez).

Pero las fronteras temáticas no son rígidas. En consonancia con algunas de las tendencias historiográficas en boga, subyacen en estos estudios diversos vasos comunicantes

que entrelazan los tópicos mencionados con aspectos ideológicos y sociales, con lo cultural y lo relativo a las mentalidades, alejándolos de la tradicional historia episódica y confirmando —como los demás artículos del compilatorio— que el programa imperial reformista perseguía estrechar aún más el control estatal sobre la población, sus élites y sus instituciones. En esta senda, que es indesligable de los ideales ilustrados, se encuentran también los ensayos dedicados a la reforma urbanística de Lima (Gabriel Ramón) y a los rituales y prácticas funerarias relacionados con la construcción del Cementerio General, que levantara el presbítero Matías Maestro (Carlota Casalino), textos ambos en donde se reafirma la preocupación estatal por la higiene, la disciplina y el control social de los espacios públicos.

La población rural andina no estuvo al margen de la preocupación controlista del Estado. De ahí la atención brindada a la configuración y naturaleza de las comunidades de indígenas en la encrucijada de cambios que representó la tardía época virreinal (Alejandro Diez Hurtado), o el ensayo que, replanteando la propuesta de John Rowe, acerca de un “movimiento nacional inca” en el siglo XVIII, centra su atención en los curacas realistas que no se alinearon con Túpac Amaru II en la rebelión de 1780 (Scarlett O’Phelan).

El interés reformista borbónico por civilizar y controlar a la población, especialmente a los sectores populares, haciendo de estos sujetos individuos disciplinados, reverentes y productivos, en un contexto en el que, desde la perspectiva de las autoridades y de las élites en general, los plebeyos parecían fuera de control, constituyó un elemento angular del proyecto ilustrado. Pero el afán de crear una población más civilizada y disciplinada no se limitó a la esfera de lo público. Se hacía imprescindible intervenir también en el ámbito de la vida privada, lo que implicó el abordaje de materias sensibles que tradicionalmente se resolvieron al interior de las familias, aunque bajo el manto vigilante de la Iglesia. En esta lógica se insertan el artículo relativo a las

relaciones de conflicto y convivencia entre los pobladores indígenas de Lima y la abigarrada plebe capitalina (Jesús Cosamalón), así como el trabajo dedicado a la imagen modélica que sobre la mujer presentó la prensa ilustrada, particularmente el *Mercurio Peruano* (Claudia Rosas).

Si todos estos artículos dan una idea de variedad de temas y enfoques de la compilación, así como de su vigencia, esta segunda edición incorpora tres estudios que no hacen más que ratificar el interés y la importancia de la época y su problemática entre los historiadores y los no especialistas. Los cambios en la sensibilidad dieron pie a que la noción de “buen gusto”, asociada a la modernidad dieciochesca y signo de distinción para élites como la limeña, sea motivo de atención desde el análisis de las pinturas que adornaban los salones de las grandes casonas (Irma Barriga).

Por otra parte, la renacida curiosidad sobre los territorios americanos, impulsada por el desarrollo de la ciencia y el pensamiento ilustrado, hizo posible que viajeros y expediciones científicas busquen develar los arcanos del Reino del Perú y, en general, del Nuevo Mundo (Sandro Patrucco).

Finalmente, el impacto de los terremotos y consiguientes *tsunamis* vividos por las poblaciones del Callao y de Concepción, en 1746 y 1751, respectivamente, dieron lugar a disposiciones administrativas destinadas a prevenir y amortiguar los riesgos sísmicos, aspectos poco conocidos de la gestión borbónica (Víctor Álvarez Ponce).

En resumen, un libro que, al margen de las inevitables carencias que se suscitan en cualquier compilación, debate y coloca sobre el tapete diversos tópicos de una centuria que, como el XVIII, continúa mostrando dimensiones insospechadas que enriquecen nuestro conocimiento y comprensión de un pasado que sigue resonando.

Luis Bustamante Otero

Bréville, B. y Vidal, D. (comp.) (2012)

Revoluciones que cambiaron la historia. Sociales, políticas, nacionales, culturales, sexuales. Buenos Aires: Capital Intelectual, 229 págs.

Se trata de un texto que plantea la importancia de los procesos revolucionarios en el desarrollo de las sociedades, dividido en tres partes donde se insertan una serie de artículos de investigación y opinión sobre momentos cumbres, siendo complementados por un texto literario. La primera parte de la obra está dedicada a las revoluciones sociales, señalando cómo hombres, mujeres, oprimidos, grupos subalternos, entre otros, buscaron mejorar su situación. De esta manera, tenemos el artículo de “*Mother Jones*, la madre del sindicalismo norteamericano”, donde el autor, Elliot J. Gorn, señaló la trascendencia de esta revista norteamericana de comienzos de siglo en el movimiento obrero de su país; luego encontramos el trabajo de Emma Goldman, “La tragedia de la emancipación femenina”, publicado en 1906 precisamente en *Mother Jones*, donde planteó que la verdadera importancia de la emancipación de la mujer va más allá de lo económico y reside en lo espiritual. Asimismo, el texto *Homosexuales subversivos*, de Benoit Bréville, resalta la importancia del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria en Francia y sus propuestas; además, se destacan los peligros que acechan al movimiento gay. Alain-Marie Carron nos deja el artículo “Los *Black Panthers* a la conquista de Oakland”, donde se resalta cómo este grupo, que buscó el reconocimiento de los afroamericanos a través de la violencia, cambió su estrategia hacia la vía democrática, con la conquista de la municipalidad de esa ciudad. Además Goerge Chaffard, en su escrito “En la Yugoslavia del socialismo autogestionario”, trata de presentarnos la imagen de este país y las ventajas conseguidas tras alejarse del bloque soviético. Por otro lado, el artículo “Esas Indias que defienden sus aguas” nos presenta la lucha de las mujeres mazahuas para mejorar sus condiciones de vida, logrando ser escuchadas gracias a la lucha medio ambiental.

La segunda parte del texto está dedicada a las revoluciones políticas, donde la conquista del poder es una obsesión por parte de los grupos revolucionarios. Aquí quiero destacar el texto de Laurent Bonelli, “El 4 de agosto de 1789, la abdicación de los privilegiados”, donde destaca cómo la mayoría de los diputados de los Estados Generales no eran agentes revolucionarios, como se suele creer. Además, detalla la trascendencia del 4 de agosto, fecha en donde la nobleza renuncia a sus privilegios. Véronique Fau-Vicenti presenta el

texto “Retrato del insurrecto como enfermo mental”, en que señala cómo con la psicología se buscó demostrar que las revoluciones son llevadas a cabo por personas que sufren patologías, buscando menoscabar la acción de los revolucionarios. El artículo “Lo que los rusos piensan de 1917” presenta una serie de encuestas sobre cuál es la percepción de esta sociedad sobre la revolución bolchevique, Lenin y qué conocimientos poseen sobre el comunismo en la actualidad. Además, las figuras del Che Guevara y Thomas Sankara también son estudiadas. En el caso de Guevara se nos señala sus críticas al modelo soviético, tan alejado de las masas; mientras que el estudio sobre Sankara es revelador por ser un personaje poco conocido en Occidente, aunque en África gozó de una afamada reputación, por sus políticas reformistas en Burkina Faso y su marcado antiimperialismo.

La tercera parte del libro está consagrada a la liberación y descolonización de los diferentes pueblos del mundo, partiendo desde la Revolución mexicana, donde Carlos Fuentes recrea la figura de Pancho Villa; luego, hay un artículo escrito por Emilio Sanz de Soto, que lleva por título “España, cuando los escritores se comprometían”. Aquí describe cómo los diferentes literatos de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, EE.UU. y Latinoamérica se ven interesados en participar en la guerra civil española, tomando partido por la República, que en aquellos momentos es asediada por el fascismo. La lucha anticolonial se ve reflejada en los artículos sobre “El nasserismo en la historia de Egipto”, “Argelia, veinte años después de 1962”, “La fascinante Revolución Cultural china” y “Dien Bien Phu, el 14 de julio del sur”. Este último escrito relata la importancia de esta batalla librada en Indochina (1954), la cual supuso un punto de inflexión en la lucha de los pueblos del Tercer Mundo contra el colonialismo de Occidente. Los pueblos marginados son abordados en el artículo “Islamistas y zapatistas, la revancha de los marginales”, donde se enfoca la reacción de las poblaciones marginales de Chiapas en México y de Egipto en contra de los gobiernos neoliberales de sus respectivos países. En fin, el texto trata de mostrarnos cómo las revoluciones siguen manteniendo ese carácter imprevisible, por lo que es necesario cuestionar aquella afirmación de que estamos en el “fin de la historia”.

Marissa Bazán Díaz

Ramos Zambrano, A. (2016)

Ezequiel Urviola y el indigenismo puneño. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 518 págs.

Los historiadores que trabajamos sobre Puno y la intelectualidad puneña estamos ciertamente familiarizados con la obra de Augusto Ramos Zambrano, mas no el gran público. Ocurre lo de siempre: la mirada capitalina y centralista, acostumbrada a concentrarse en su propio ombligo y a atender las novedades del exterior, desconoce lo que ocurre o genera su entorno provincial. Si a ello sumamos las dificultades de un país aún no debidamente articulado en términos de comunicación, es de comprender que no se haya conocido, menos aquilatado, la producción de esa *rara avis* que fue Ramos Zambrano.

Fallecido en el año 2012, cuando estaba a punto de presentar un libro sobre José Domingo Choquehuanca (el ilustre cacique que redactó un panegírico en favor de Bolívar), Augusto Ramos Zambrano perteneció a una casta —ahora casi extinta— de profesionales cultivados en el humanismo y en el amor al terruño, en su caso la región altiplánica. Abogado de profesión, ejerció la actividad independientemente, aunque también se llegó a desempeñar como defensor de oficio, magistrado del poder judicial, docente y autoridad universitaria. Su extensa trayectoria profesional vino acompañada, empero, de la investigación histórica, su otra pasión, cuyo eje temático fue siempre Puno y, en particular, sus movimientos sociales.

Ramos Zambrano no fue, claro está, un historiador “profesional”. No obstante, su producción historiográfica fue materia de consulta obligada para el investigador interesado en estos tópicos, tales los casos, para citar dos ejemplos, del desaparecido Alberto Flores Galindo o del reconocido historiador estadounidense Charles Walker, autor del notable y reciente libro sobre Túpac Amaru, quienes, además, departieron con él y aprovecharon de sus conocimientos y su entusiasmo por develar el pasado de su pueblo, incluyendo sus contactos y su manejo de los repositorios archivísticos, bibliográficos y periodísticos puneños.

Ramos escudriñó con fervor y fruición la historia de Puno. Fue un historiador intuitivo que suplió con creces la ausencia de formación académica. Sabedor de la importancia de las fuentes, las buscó y supo encontrarlas, llegando a atesorar un nutrido material documental (un verdadero archivo privado), fruto de sus relaciones y viajes al interior rural de la región, ese mundo que durante su infancia y juventud estuvo poblado de haciendas y estancias campesinas; de indios, gamonales y *mistis*, y de protestas ligadas a la tierra, al abuso relacionado con la servidumbre y al abandono del Estado, mundo también ocupado por ilusiones, esperanzas de cambio y frustraciones expresadas, quizás, en la pequeña pero intensa opinión pública, resultado de la febril actividad política e ideológica regional de la que él fue testigo por experiencia vital y por memoria histórica. Por todo ello,

Ramos no solo consultó y citó fuentes escritas diversas, pues supo también recurrir al recuerdo, al suyo propio y al colectivo, apelando a la evocación y la tradición oral, así como a entrevistas a personajes diversos: hacendados e hijos de estos, capataces, dirigentes campesinos, periodistas, entre otros, con los cuales confrontaba y contrastaba los avances de sus pesquisas y escritos.

Escritor de raza, Ramos Zambrano fue también un historiador apasionado. Su identificación con Puno y con los más desposeídos, así como su necesidad de darles voz y rostro (rescató imágenes fotográficas), no fue óbice para conciliar pasión y toma de posición con una actitud crítica y de exigencia demostrativa que lo alejó del maniqueísmo y del discurso panfletario.

De su extensa obra, que abarcó tópicos y personajes de los siglos XVIII, XIX y XX, el Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, sorprendiendo una vez más, ha rescatado y publicado cuatro de sus ensayos, uno de ellos hasta entonces inédito, que dan cuenta de la importancia de este autor ineludible. El volumen resulta fundamental para todo aquel que se interese por la historia regional y, en general, por el Perú del temprano siglo XX, el de la *República Aristocrática* (1895-1919) y el del *Oncenio* de Leguía (1919-1930), en principio, por tratarse de textos de difícil acceso, casi inubicables, pero también y, sobre todo, por la calidad de la información contenida. Los textos, además, incluyen los prólogos originales que se prepararon para la ocasión.

El primer ensayo, dedicado a la figura del luchador social e indigenista, Ezequiel Urviola, aunque basado en un pequeño trabajo previo, se publica por vez primera. Personaje fascinante y casi desconocido fuera de Lima, mas no en Puno, Urviola representa, a la manera de Arguedas, al *misti* instruido y cultivado que transita entre la pequeña ciudad de Puno, sus novedades y su vanguardia intelectual y las áreas rurales pobladas de haciendas y comunidades, con sus campesinos, terratenientes, comerciantes y autoridades. Intentando armonizar la modernidad proveniente de Lima y el exterior con la cultura andina, Urviola se identifica con la causa indígena, y termina abrazando la bandera indigenista de forma enérgica y militante, mutando gradualmente su identidad hasta “convertirse” en indio, tal como fue presentado por el mismo José Carlos Mariátegui. Estudios como el de Urviola dan cuenta de los aportes de Ramos Zambrano. Y lo señalado es solo un sumario escueto de la importancia de este ensayo, que es también una aproximación al indigenismo puneño, un indigenismo activista y hasta radical, bastante lejano al que se desarrolló en Lima.

La figura de Urviola y el bullido contexto indigenista dieron pie para que el autor, en el mismo ensayo, abordase some-

ramente algunas sublevaciones indígenas, especialmente aquellas que se sucedieron en los primeros años del *Oncenio* leguista (la “gran sublevación del sur”, según Burga y Flores Galindo en su ya clásico libro *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*) y que algunos atribuyeron al propio Urviola y a otros indigenistas combativos, como Francisco Chukiwanca Ayulo.

Por ello, es un acierto que los editores se hayan inclinado por incluir en el volumen *Tormenta altiplánica*, que, publicado originalmente en 1990, con prólogo de Alberto Flores Galindo, nos sumerge en el agitado mundo de las provincias de Lampa y Azángaro (no Huancané, como afirma el historiador Renzo Honores en uno de los prólogos de la presente edición), y en la tensa relación entre gamonales e indígenas con el resultado de un sinnúmero de sublevaciones entre 1920 y 1924.

Ramos Zambrano no oculta su rechazo al gamonalismo, al que, no obstante, intenta comprender, de la misma forma que su simpatía por la causa indígena no le impidió fustigar los excesos de la violencia campesina. Estas características aparecen también en los dos ensayos que cierran este libro compilatorio, trabajos también dedicados a las protestas indígenas y sus vinculaciones con el fenómeno del gamonalismo. Es significativo el completo estudio consagrado a la figura del mayor del ejército Teodomiro Gutiérrez Cuevas, quien, apelando al sonoro sobrenombre quechua de Rumi Maqui, encabezó una rebelión de repercusiones nacionales

entre 1915 y 1916. El texto sorprende por el uso de material documental, de primera mano, que le permite a Ramos Zambrano confirmar la existencia de este personaje en un contexto en el que historiadores como José Tamayo Herrera y el mencionado Flores Galindo lo presentaban como una entelequia. *Rumi Maqui*, editado originalmente en 1985, es, además, un trabajo meritorio, porque amplía el espectro de análisis, incluyendo a personajes como el citado Chukiwanca Ayulo o al líder indígena José María Turpo y, sobre todo, porque desmitifica uno de los objetivos de la rebelión: el de crear un nuevo Estado sobre la base de la unión del Perú con Bolivia y no, como algunos continuaban sugiriendo, reinstaurando el Tahuantinsuyo.

Finaliza la edición el pequeño opúsculo titulado *La rebelión de Huancané (1923-1924)*, que, publicado casi artesanalmente, en 1984, amplía los aportes proporcionados por Tamayo Herrera acerca de la también llamada insurrección de Wancho Lima.

No es poco lo ofrecido por Augusto Ramos Zambrano y por ello nos felicitamos de que el Fondo Editorial del Congreso haya tenido la perspicacia de publicar este libro que, además del texto, hasta entonces inédito, dedicado a Urviola, reúne parte de lo más significativo de este autor que, sin duda, merecía una edición tan pulcra como esta.

Luis Bustamante Otero

Laguerre, M. (2015)

El Oncenio y el desarrollo de la Armada Peruana (1919-1930). Lima: Dirección de Intereses Marítimos, 207 págs.

Con el nuevo milenio, bajo el impulso de la globalización, en el campo de la historiografía, se ha venido desarrollando una corriente que algunos llaman *pos-nacional*, que trata de liberarse del antiguo discurso ideológico que pretendía justificar o defender el relato impuesto de la “comunidad imaginada”. En otras palabras, revisar la historia oficial.

Desde ese punto de vista, en el caso del siglo xx peruano, la figura de Augusto B. Leguía estaba encasillada ya sea en el olvido (impuesto por los herederos del *civilismo*) o en la censura política (por ser un dictador, un autoritario, un perseguidor de sus enemigos políticos, un corrupto o un celoso defensor de los intereses norteamericanos). Casi no había espacio para una interpretación alternativa.

Una de las razones, no la única, para ese olvido o censura es que Leguía, por su prisión y casi inmediata muerte (1932), no pudo administrar su legado político. Sus herederos tampoco lo hicieron; ni siquiera hubo un partido que pudiera reivindicar los logros de la Patria Nueva. A diferencia de Piérola, Cáceres u Odría, por ejemplo, que sobrevivieron a sus gobiernos y lideraron un partido que defendiera su legado, Leguía no pudo, y este recuerdo cayó en manos de sus enemigos. Salvando las distancias políticas y cronológicas, el caso de Leguía es similar al del general Juan Velasco, a quien la vida tampoco le permitió manejar su legado, que pasó a manos de sus opositores, hasta hoy.

En este sentido, en los últimos años ha habido un intento de reformular la figura de Leguía y su trascendencia histórica, que no es poca, pues no solo se reduce a los once años de la Patria Nueva, sino también a los cuatro años que gobernó por el Partido Civil en el tiempo de la República Aristocrática. Es el único caudillo que ha gobernado quince años en nuestra vida republicana. Además, es el que más tratados de límites ha firmado: cuatro de las cinco fronteras con los países vecinos (con excepción de Ecuador) fueron definidas durante sus gobiernos. Es el impulsor del capitalismo, de las clases medias, del Estado benefactor, del populismo desarrollista, del gasto público en infraestructura, del saneamiento urbano, etcétera; y el único expresidente que murió encarcelado. Afortunadamente para los historiadores, para el estudio de Leguía abundan los temas y las fuentes. No todo estaba dicho.

De esto se ha valido el teniente primero Michel Laguerre Kleimann para estudiar cómo durante el “Oncenio” de Leguía la

Marina de Guerra del Perú recibió su mayor impulso modernizador en el siglo xx. El origen de este trabajo fue una tesis de maestría que Laguerre defendió en 2014 y que ahora tenemos en forma de libro, con los obvios ajustes al que debió ser sometido el texto para una edición de este tipo.

Respecto de las fuentes, aparte de una amplia bibliografía nacional y extranjera, especialmente anglosajona, el teniente Laguerre logró ubicar un material documental de enorme valor, antes poco trabajado, en los repositorios del Archivo del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú (IEHMP), del Archivo Histórico de la Marina (AHM) y de la Biblioteca Central de Marina. De esa masa documental, particularmente útiles fueron los informes al *Office Naval Intelligence*, depositados en el IEHMP. Este material fue complementado por otras fuentes primarias, como los mensajes presidenciales ante el Congreso de la República, las memorias de los ministros de Marina ante el Congreso de la República y las memorias del señor contralmirante Tomás M. Pizarro Rojas. La *Revista de Marina* y la revista *Mundial* completan el soporte documental de la investigación.

El libro demuestra que confluyeron tres factores que lograron crear los cimientos institucionales para el desarrollo y modernización a largo plazo de la Armada Peruana:

1. El bagaje técnico-profesional que los guardiamarinas y alféreces de fragata habían adquirido desde inicios del siglo xx, quienes ya habían tenido la oportunidad de experimentar los adelantos tecnológicos y estratégicos navales de fuerzas marinas como la francesa, española, argentina y la estadounidense. Este sector intentó, sin éxito, aplicarlos a la Armada Peruana, pues encontraron resistencia al cambio entre los jefes y oficiales de mayor jerarquía.
2. La llegada al poder de Leguía, quien, con su visión de gobierno, de carácter empresarial, rompió con viejas estructuras. Esto también afectó a la Armada, donde encontró el apoyo de los jóvenes marinos que buscaban la modernización de su institución. Ellos estaban absolutamente permeables a los nuevos métodos organizativos, a los nuevos mercados de armas y a un nuevo estilo profesional.
3. La contratación de la Misión Naval estadounidense, que fue la sumatoria de los dos anteriores. La mentalidad de trabajo de los marinos contratados llegó a crear una

nueva conciencia de cómo dirigir los destinos de la Marina de Guerra del Perú.

En efecto, en el primer capítulo, el autor da un panorama de cómo las dos primeras generaciones de marinos post-Guerra del Pacífico tuvieron la enorme tarea de reconstruir la Armada desde cero. Sus intentos fueron heroicos debido a la crítica situación política y fiscal. La contratación de una misión naval francesa fue el esfuerzo más sólido. Pero su limitado número de integrantes, su condición de asesores, el poco tiempo que estuvieron en el país y la resistencia de influyentes antiguos marinos, terminó con su fracaso.

En medio de esta penuria, varios grupos de guardia-marinas pudieron ser enviados (debido a la ausencia de buques de guerra peruanos) a realizar sus prácticas profesionales en armadas ya consolidadas y modernas como la francesa, la argentina, la española y la estadounidense. Al retornar al Perú, intentaron aplicar lo aprendido sin resultados debido a la rémora de los marinos de alta graduación. De otro lado, los gobiernos “civilistas” de la República Aristocrática no demostraron mayor empeño de reforzar la Armada, a pesar de la difícil situación fronteriza del país. Solo durante el primer gobierno de Leguía (1908-1912), la Marina recibió un estímulo: adquisiciones navales que incrementaron su poder disuasorio y la inauguración de la Escuela Naval en La Punta.

Con el advenimiento de la Patria Nueva de Leguía ya hubo el clima necesario para la modernización institucional de la Marina de Guerra. Además, había un factor político: al desplazar Leguía a los civilistas del poder, entendió que debía reorganizar todas las Fuerzas Armadas para evitar cualquier brote revolucionario en su contra y generar cierta adhesión a su régimen de los mandos militares. Como prueba, cabe mencionar aquí el apoyo que recibió Leguía de la Marina, tras su derrocamiento en 1930.

El tercer vector que hemos mencionado, la contratación de la misión naval estadounidense, se debió a los dos primeros. En efecto, luego de la asunción del mando de Leguía, un grupo de marinos solicitó una cita con el flamante mandatario. Durante la reunión le pidieron la creación de un Ministerio de Marina que diese autonomía administrativa y presupuestaria al sector, así como la contratación de una misión naval a un país de Europa. Leguía aceptó ambos requerimientos, pero observando el país de origen de la misión. El motivo que expuso fue que luego de la Gran Guerra, Estados Unidos se había convertido en la primera potencia mundial, y que si se quería el verdadero progreso de la Armada se debería dejar de lado susceptibilidades, “única forma de lograr una verdadera y real reforma y evolución de métodos de que tanto necesitaba la marina”.

En efecto, la Armada estadounidense se convirtió al final de la primera guerra mundial en la más adelanta-

da y moderna, superando a la inglesa. Su proceso de formación, luego de la Guerra de Secesión, le permitió migrar de la estrategia defensiva aislacionista hacia una ofensiva expansiva. Los actores de esta innovación de la política naval fueron historiadores, marinos y políticos como Mahan, Luce y Roosevelt. De hecho, Leguía tuvo ocasión de experimentar, de primera mano, los adelantos de este país luego de su primer gobierno, tras viajar a Nueva York, donde se entrevistó con Woodrow Wilson, Theodore Roosevelt, dando conferencias en la Universidad de Yale y sosteniendo en el *New York Times* que “el capital norteamericano podía acelerar significativamente el desarrollo y la prosperidad de Sudamérica”.

Los marinos que arribaron al Perú, con el objetivo de modernizar a la Armada Peruana, sirvieron en la marina de su país durante este proceso de crecimiento, innovación y desarrollo en la estrategia y tecnología naval que dejaba atrás viejos moldes e ineficaces procedimientos que la Gran Guerra invalidó, dando origen a nuevos métodos en la guerra naval aprendidos de la misma. Esto permitió que las reformas instauradas por estos tuviesen como origen lo último en el aspecto formativo y organizativo naval. La nueva estructura y currícula en la Escuela Naval de La Punta, la adquisición de los modernos submarinos tipo *R*, así como el interés en la hidroaviación, fueron producto de las decisiones de estos *apóstoles* del progreso que tuvieron mando efectivo y ejecutivo de la institución naval.

Este aspecto es clave para diferenciar las reales oportunidades de cambio que tuvieron en relación con la misión naval francesa. Si bien los marinos peruanos fueron reacios a subordinarse a las órdenes de oficiales extranjeros —tal como lo demuestra la experiencia con Tucker y los franceses— los nuevos mandos medios de la Armada, así como debido a la amplia gama de acción que Leguía brindó a los estadounidenses en sus funciones de reorganización, entendieron que era necesaria esta transición para lograr la reforma institucional de las estructuras de la Armada.

Los primeros informes de los estadounidenses fueron muy críticos con respecto de la calidad profesional de los jefes peruanos, llamándoles fuertemente la atención el uso de influencias políticas que utilizaban para obtener ascensos y demás beneficios. En contraparte, y como hemos sostenido, tuvieron palabras de elogio para los mandos medios y para los jóvenes oficiales de la Armada.

Si bien esta condición *sui generis* ocasionó que los enemigos del régimen lo acusaran de sumisión al extranjero, los resultados obtenidos desmintieron tal afirmación. Un ejemplo fue la actuación del capitán de navío Harold Grow —de la misión naval— ante el levantamiento contra el orden constitucional ocasionado por Sánchez Cerro, en Arequipa, en 1930.

Sin embargo, cabe anotar que hubo ocasiones en que las medidas adoptadas por los miembros de la misión naval estadounidense, que contaban con el apoyo incondicional de Leguía, no fueron aprobadas por el Departamento de Estado de su país. Ejemplo de lo dicho fue el plan de adquisiciones navales propuesto por Woodward, a finales de 1923. La magnitud de la compra significaría que Estados Unidos podría ser acusado de favorecer al Perú

en la cuestión pendiente con Chile, de la cual era árbitro. Con la caída de Leguía, Sánchez Cerro no renovó los contratos de los marinos que quedaron en el Perú hasta el año 1933, poniendo fin a lo que podría denominarse la primera fase de las misiones navales estadounidenses en el Perú.

Juan Luis Orrego Penagos

Drinot, P. (2016)

La seducción de la clase obrera. Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Ministerio de Cultura, 325 págs.

En los albores del siglo xx el debate suscitado alrededor del progreso y de la modernización del país permitió diseñar un conjunto de iniciativas políticas que, con los años, fueron definiendo el carácter del moderno Estado peruano. Según los postulados de la época, estas reformas permitirían al país superar todos aquellos obstáculos —económicos, institucionales y culturales— que, a lo largo del siglo xix, habían significado una barrera en nuestro camino a la prosperidad. Uno de los aspectos más álgidos de esta discusión tuvo que ver con el desafío de construir una nación *civilizada*, tomando como base a una población mayormente indígena y rural, según los cánones entonces vigentes, un conglomerado humano, cultural y racialmente, poco adecuado para los desafíos que los *tiempos modernos* exigían.

Luego de cinco años de haber sido publicado en su versión inglesa (*The Allure of Labor: Workers, Race and the Making of the Peruvian State*, Duke University Press, 2011) se editó en nuestro país la traducción del libro de Paulo Drinot, un texto que ha generado especial atención dentro del mundo académico peruano. Su trabajo reflexiona acerca del inicio de las políticas obreristas y la manera en que fue forjándose el *Estado laboral*, rastreando las discusiones e iniciativas que definieron la creación de las primeras agencias (instituciones) con las que el Estado respondió a la naciente *cuestión obrera*, en una época en que diversos sectores políticos e intelectuales “consensuaron” en ver a la industria como la herramienta más eficaz para convertir al Perú en un país moderno y civilizado.

De acuerdo a Drinot, este “despertar” industrial exigía, necesariamente, la transformación del entramado social, la creación de un nuevo sujeto, el *homo faber*, proceso que, a su vez, habría de permitir la asimilación de una población, culturalmente distante y geográficamente dispersa, dentro de un proyecto nacional, hasta entonces, inconcluso. Nació así el ideal del obrero mestizo, encarnación de los esfuerzos del Estado y de las élites por incorporar al país en el “concierto” de las naciones civilizadas del mundo.

En este sentido, las élites nacionales (intelectuales, universitarios, empresarios, periodistas y políticos), buscaron emular el mayor logro social que —se entendía— la industrialización había ofrecido a Europa y a los Estados Unidos, es decir, permitir el surgimiento de una masa obrera urbana disciplinada y con fuerte sentimiento nacionalista, al mismo tiempo de que se debía responder a los nuevos retos que este proceso, necesariamente, planteaba, sobre todo en

relación con la amenaza de la radicalización obrera. Los “magos del progreso” entendieron que ya no era válido esperar de las agencias filantrópicas u órdenes religiosas el trabajo de redención social de los sectores populares. La “vía industrial” a la prosperidad exigía, entonces, la aplicación de estrategias de ingeniería social, así como políticas estatales de intervención en diversos niveles (desde regular las relaciones entre obreros y empleadores, asegurar niveles mínimos de calidad de vida de los trabajadores urbanos o la creación de programas asistencialistas) que lograran *dignificar* al obrero, reduciendo los conflictos laborales, evitando su “contagio” con ideologías disociadoras; y, por último, disciplinándolos en la vida ciudadana, haciendo que estos asuman nuevos hábitos y comportamientos, en términos de salud, vivienda, dieta, ocio y horarios de trabajo. Ello explica, según el autor, los esfuerzos y recursos, materiales como intelectuales que se invirtieron en un sector de la población que, en términos demográficos, era claramente reducido.

Para quienes hemos sido formados dentro de las teorías desarrollista y del conflicto, la lectura del libro nos obliga a cuestionar nuestra percepción acerca del carácter del Estado oligárquico postcivilista. Drinot cuestiona el viejo paradigma de la *cooptación*, según el cual el desarrollo de los programas sociales desde la década de 1920 —y, en especial, durante los gobiernos autoritarios del *Tercer Militarismo*— tuvo como función específica la despolitización de la naciente clase obrera, fuertemente ideologizada, y que manifestó abierta simpatía, primero por el anarquismo y el anarcosindicalismo y, más adelante, por los partidos de masas radicalizados (el Partido Aprista Peruano y el Partido Socialista). Más bien, entiende que la creación de estos programas fue un elemento constitutivo de un proyecto político de mayor alcance: construir un nuevo elemento nacional —el *homo faber*—, proyecto de élites con el cual comulgaron los propios obreros, quienes vieron en estas agencias estatales (Ministerio de Salud Pública, barrios obreros, restaurantes populares y Ley del Seguro Obrero Obligatorio) una expresión de sus propios anhelos, aunque, finalmente, estos no llegaron a ser satisfechos. Así, se entiende que la creación y el carácter de las políticas laborales fueron producto de un proceso de intensa negociación entre las élites modernizadoras, los reformistas sociales y los trabajadores. En tal sentido, debemos dejar de ver a los obreros como sujetos pasivos, *manipulados* por un Estado autoritario en alianza con la oligarquía, reconociendo su agencia y capacidad para resistir, consentir o acomodarse a las iniciativas planteadas por las agencias gubernamentales.

Empero, debemos aclarar qué criterios se utilizaron para definir al sujeto obrero de inicios del siglo xx. El texto evidencia que las políticas desarrolladas por el Estado en materia laboral marcaron la segregación entre quienes fueron vistos como obreros y quienes no. Primero, este fue racializado, excluyendo explícitamente a la población indígena. El ideal del *nuevo* trabajador peruano era mestizo o criollo eurodescendiente. Luego, fue demarcado geográficamente. El obrero era, ante todo, costeño y urbano. Por último, se le delimitó por género. El *homo faber* era un varón *sano*, cuyos atributos *naturales* de virilidad sentarían la simiente de la futura prosperidad del Perú.

Así, desde distintas interpretaciones, liberales, reformistas y progresistas de la época comulgaron en asumir como válidas las tesis positivistas y darwinistas, en boga dentro del mundo académico latinoamericano de inicios del siglo xx, afirmando una visión racista y eugenésica —implícita a todo proyecto estatal moderno, controlista y normalizador—, que insistió en la necesidad de *desindianizar* al país, proceso que pasaba por una especie de etnocidio cultural, a fin de convertir al indígena en obrero, rechazando aquellas prácticas que la *ciudad letrada* había atribuido a la sociedad indígena: ociosidad, sumisión, debilidad, alcoholismo y suciedad (atributos que, por lo demás, también aparecen en la imagen que los sectores letrados limeños construyeron sobre la herencia afrodescendiente y asiática). Esta visión maniqueísta interpretó al mundo cultural andino como contrapuesto a la modernización y, si bien tuvo algunas disidencias, fue compartida, incluso, por los indigenistas regionales y “oficiales” desde la década de 1920. Así, se terminó por construir una imagen *feminizada* del mundo serrano y de la población campesina, hecho que se reafirma en las prácticas gubernamentales que insistirán, con algunas excepciones, en la exclusión del trabajador rural e indígena de las políticas laborales que exigía el *desafío* industrial. En este sentido, la tarea de *normalizar* a la población campesina

fue dejada a agentes *civilizadores* privados —v.gr. hacendados, estancieros o empresarios mineros—. De allí que los reformadores sociales validasen o, en algunos casos, cuestionasen la capacidad de los propietarios o administradores de estas empresas asentadas en el “interior” del país para superar los desafíos que el proceso modernizador requería.

Tal como evidencia el texto, la materialización de este proyecto tuvo, no obstante, notables limitaciones. En parte, por el rechazo de un sector de la élite empresarial a aceptar el rol interventor del Estado en materia laboral, desacatando los nuevos marcos legislativos establecidos; por otro lado, porque la ilusión controlista del *Estado laboral*, proyectado desde la capital del país, no logró generar respuestas efectivas a las aspiraciones de los trabajadores, quienes terminaron cuestionando la validez de las iniciativas gubernamentales en esta materia (v.gr. el fracaso de los barrios obreros, el poco alcance de los restaurantes populares y la ineficacia de las instancias jurídicas de negociación laboral); sin tomar en cuenta las profundas transformaciones sociodemográficas que marcaron la *Gran Transformación* de mediados del siglo xx, que terminaron por socavar la legitimidad del modelo oligárquico vigente.

En conclusión, el trabajo de Paulo Drinot es un valioso recurso para entender la manera en que se construyó el *moderno* Estado y la nación peruana en las primeras décadas del siglo xx, el marco ideológico que trazó sus políticas de intervención en materia laboral y social, así como el carácter fuertemente centralista y excluyente que lo fue definiendo a lo largo de esta etapa. Y, claro, nos permite reflexionar sobre los rezagos de este *Estado laboral* que, en numerosos casos, siguen vigentes dentro de nuestras instituciones y prácticas gubernamentales contemporáneas.

Juan Carlos La Serna
Universidad de Lima

Roca-Rey, C. (2016)

La propaganda visual durante el gobierno de Juan Velasco Alvarado. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos, Biblioteca Nacional del Perú, 167 págs.

Es un texto que estudia el “Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas”, a partir de la propaganda utilizada con la finalidad de manipular a la opinión pública para conseguir su respaldo político. Para esto nos recuerda el uso de figuras como Túpac Amaru II y al mismo Juan Velasco Alvarado como símbolos del cambio. El libro tiene dos capítulos, a los cuales se suman una sección de imágenes representativas y tres entrevistas a intelectuales relacionados al tema de medios visuales, como Jesús Ruiz Durand, Gustavo Buntinx y Mirko Lauer, quienes complementan la propuesta del libro.

El capítulo I nos muestra la lógica de este gobierno entre 1969 y 1971, cuando la propaganda gubernamental estaba a cargo de la Dirección de Difusión de la Reforma Agraria (DDRA), planteando, a partir de los afiches —medio de difusión de moda en la época, principalmente elaborados por Ruiz Durand—, las intenciones de convencer ideológicamente a la población de la legitimidad del gobierno, el cual había ingresado un año antes mediante un golpe de Estado contra el presidente Belaunde Terry, tras el denominado “Escándalo de la página 11”. El uso del afiche fue considerado adecuado, no solo por su bajo costo, sino porque apuntó principalmente a los sectores populares, de los cuales un tercio eran analfabetos y vivían en las zonas rurales. Por tanto, la visualidad —que además era muy colorida y se acompañaba de pequeños textos— logró comunicar lo que el gobierno deseaba, utilizando como figura principal a Túpac Amaru II. Apelar a este personaje demuestra el intento de conectividad con la herencia incaica de este gobierno, planteando “una nación indígena” para lograr el afecto de los sectores populares y justificar que la reforma agraria era una “revolución identitaria”, y no solo de la tierra. Con ello se va a redefinir un nuevo sentido de la peruanidad, distinta a años anteriores de predominio occidental, aunque no se logró la penetración completa de este discurso en el campesinado.

El capítulo II se desarrolla entre 1971 y 1975, donde, frente a la ineficacia del DDRA en el logro del respaldo popular, se alentó al desarrollo de un organismo de propaganda masiva llamado Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (Sinamos —en alusión al lema una “tierra sin-amos”—, donde se intentó involucrar a la población en las reformas del Estado. El uso de afiches continuó, pero se agregaron folletos, murales, banderolas, avisos periodísticos; además, se creó la revista *Participación* y el boletín *Sinamos Informa*, con la finalidad de hacer proselitismo. A esto se sumó la estatización de varios medios de prensa, logrando publicitarse a través de todos los medios impresos. En suma, no solo se apuntó a lograr el apoyo de los campesinos, como en la primera parte del gobierno, sino a toda la sociedad, extendiéndose la idea de “comunidad nacional” de campesinos a obreros, en contraposición a los oligarcas, hacendados e imperialistas, a los cuales se los señaló como “rezagos del coloniaje”. También se acrecienta la preocupación por presentar a la figura del presidente Velasco de manera más carismática.

A pesar de todos estos intentos, este gobierno terminó cayendo en 1975, por el golpe de Estado de otro general: Francisco Morales Bermúdez. Por tanto, Roca-Rey señala que los medios de propaganda que creó el gobierno de Velasco fracasaron, ya que no lograron el manejo ideológico de la población, orientado a respaldarlo. Sin embargo, no hay duda de que se produjo un cambio en la “identidad nacional”, el cual la autora invita a considerar, puesto que si bien Velasco no permaneció en el poder, su estilo de difusión —apelando a un discurso “nacionalista-indígena”— llegó para quedarse, tal como nos lo recuerda el nuevo estilo de los candidatos presidenciales, pues existen semejanzas en su forma de publicitarse con la manera de hacerlo desde hace cincuenta años. Este libro analiza “el septenario” desde la óptica visual y propagandística, una manera peculiar frente al punto de vista económico, político y social de ser trabajado por la mayoría de investigadores.

Marissa Bazán Díaz

Morin, E. y Kern, A.-B. (2005)

Tierra Patria. Barcelona: Kairós, 2.^a edición.

Edgar Morin es un sociólogo francés conocido por ser el fundador del pensamiento complejo, que consiste básicamente en una manera de abordar los problemas poniendo énfasis en las relaciones entre sus partes antes que en las partes mismas. Es investigador del Centro Nacional de Investigación Científica (C.N.R.S. por sus siglas en francés). Es autor de numerosos libros, entre los que destaca la serie *El método*. Junto a Anne-Bridgitte Kern, escritora y periodista, redactaron en conjunto el libro *Tierra-Patria*, reflejando en él varios de los temas de actualidad, como la ecología y la globalización, desde una óptica de la complejidad.

El eje del libro consiste en examinar el proceso por el cual la humanidad ha venido entrando en la *era planetaria*, no sin dificultades, ya que todavía no nos encontramos en ella, sino en un estadio previo, que es la era de *hierro planetaria*. Los autores hacen una crítica hacia la condición de la sociedad en general dado que, a pesar de los avances tecnológicos y la fe ciega en el desarrollo, no hemos logrado interiorizar realmente nuestro lugar en el cosmos. A pesar de saber científicamente que no somos el centro del universo (el giro copernicano), y de que no somos la creación exclusiva de nadie sino que, más bien, somos producto de la evolución, aún buena parte de la humanidad se percibe a sí misma como el centro del cosmos.

Y el sistema de enseñanza actual no nos facilita superar ese panorama, ya que se insiste en una forma de enseñanza fragmentada, que no está a la altura de lo que los autores consideran una policrisis global. Es decir, que en el contexto de globalización actual, en donde los problemas se van interconectando y compenetrando cada vez más, la apuesta educativa por la hiperespecialización representa una traba para auténticas soluciones. La atomización del individuo se percibe como un correlato en la manera cómo este percibe el mundo, es decir, de forma fragmentada. A esto se le suma la racionalización del mundo o dogma de la razón. Para los autores, la racionalidad es la razón dialogante con el contexto, es adaptativa y reconoce los límites que ella misma posee, lo que le permite ser no solo crítica, sino también, y más valioso incluso, autocrítica. Por otro lado, la racionalización del mundo es la cerrazón de una forma de pensar, ideología o corriente de pensamiento, que rechaza lo distinto, rechaza el cuestionamiento, dado que se envuelve bajo una apariencia de coherencia.

El libro deja sentir claramente la postura del pensamiento complejo que propugna Edgar Morin en todas sus obras. Lo que tiene de especial es que relaciona el problema ecológico como un problema planetario y que no encontrará soluciones si seguimos pensando de la misma forma a como se originó el problema. La crisis ecológica tiene una naturaleza multiforme y es transversal, por lo que las especializaciones clásicas de cada ciencia no serán suficientes para poder enfrentar semejante tarea. La tríada ciencia/técnica/industria ha perdido su rumbo y ya no se la ve como la promesa salvadora de la humanidad. El pretendido ideal que manejaba Bacon, Descartes y Marx, en donde el ser humano podía ser dueño de la naturaleza, controlarla para beneficio propio, es reemplazado por una realidad en donde él mismo se ha vuelto instrumento de su propia creación, esclavizado por una mirada estrecha del mundo que se ahoga en su carrera ciega por el desarrollo.

La entrada a la planetarización no implica la homogeneización de la cultura. Pensar que debemos abandonar las particularidades culturales para vivir una auténtica era planetaria representa solamente una visión distorsionada de la verdadera implicancia que tiene. La planetarización es sentirnos seres humanos, que compartimos un mismo planeta, no solo a nivel conceptual, sino en la vida diaria. Trascender los nacionalismos y volvernos hacia una identificación planetaria. Los autores apuntan hacia una federación de la Tierra, que no anule las particularidades de cada país, sino que las interconecte y respete su diversidad. El futuro que se esboza en la obra es la de una asociación planetaria con carácter de urgencia, una nueva geopolítica a escala global. La actual globalización no cumple con la propuesta Morin-Kern, se requiere de una reforma en el pensamiento. Lo que nos espera es una patria-planeta, no una utopía. En ese futuro los problemas de la humanidad no van a ser resueltos y quizá nunca se resuelvan, pero tendremos por seguro que nada es seguro, y a partir de allí armar estrategias de cambio. La apuesta del pensamiento complejo no es el de la certeza, sino el de la incertidumbre y saber sobrellevarla de acuerdo a la situación en la que nos encontremos. No existen llaves maestras.

Octavio Chon

García Higuera, G. (2015)

Historia y Perestroika. La revisión de la historia soviética en tiempos de Gorbachov (1987-1991). Huelva: Universidad de Huelva.

Las revisiones historiográficas son tareas siempre riesgosas: difícil artificio combinatorio de arte compositivo y rigor analítico, implican, de una parte, responsables asunciones y, de otra, dosis de aventuradas valoraciones y juicios; reclaman al unísono conocimiento y sensibilidad de tenso equilibrio. Desde otra perspectiva, al ser, en esencia, discurso acerca de otros discursos, no escapan a la temporalidad en la que, por igual, se gestan las historias que analizan como objeto de estudio. Diríase que la revisión historiográfica no es hechura de navegación aérea que sobrevuela y otea su objeto a cómoda distancia, sino empresa de laboriosa y pedestre geología espiritual que, más bien, escarba y ahonda en las profundidades mentales de quienes escriben la historia. Como la factura compleja de la empresa es, en última instancia, hechura del geólogo en cuestión, finalmente de él depende la medida en que las haga fértiles en indagación, generosas en apreciación, como rigurosas en análisis y juicio.

Mucho de lo que encierra el aquí invocado sentido de la revisión historiográfica se plasma virtuosamente en el estudio que, sobre la historiografía durante la *perestroika*, Gabriel García Higuera emprende en el libro del que es artífice y del que me animo a dar cuenta en estos breves y libres apuntes de recensión. Desde una lectura que sitúa mi texto en el plano más bien general, atenderé ceñidamente —me temo que con relativa justeza— a los rasgos que aprecio particularmente notables en ella.

Compuesta de cinco capítulos sustanciosos que hilvanan cronológicamente su interpretación de la historia, la investigación aborda el tratamiento del pasado y el revisionismo historiográfico durante los años finales de la Unión Soviética; se encarga de postular en sus capítulos centrales, descriptivamente, las complejas relaciones observables entre el proceso de reformas y apertura impulsado por el programa de Gorbachov —habrá de señalarse: en el clima de las tensiones que ellas provocan sobre la estructura institucional y la dirigencia partidaria— y la dinámica rememorativa que va cobrando el proceso político en la visión histórica de la intelectualidad, la opinión pública y los historiadores. En la totalidad del proceso complejo que el marco delimita, y en ajuste a lo que las fuentes permiten, un equilibrado análisis advierte y decanta el comportamiento de actores y factores individuales, colectivos e institucionales; establece, asimismo, puntuales y sostenidas conclusiones en la parte final, para culminar, ulteriormente —en añadido que es un aporte temático—, con un esbozo de sugestiva mirada preliminar al curso tomado por el conocimiento histórico y el uso del pasado en la Rusia postsoviética.

No demoro en apuntar la nutrida y diversa obra bibliográfica consultada que aprovecha las aportaciones anteriores al tema (como las de Robert Davies, Alec Nove, Walter Laqueur, George Enteen, o los historiadores rusos Oleg Volobúyev y Serguéi Kuleshov); como son de relieves una consideración del examen de la documentación hemerográfica de publicaciones culturales y especializadas al alcance, el seguimiento de los hechos publicados en diarios seleccionados, así como la consulta y utilización puntual de informes y discursos originales. Todos ellos alimentan —enterada y coherentemente con lo propuesto en el conjunto— la sólida estructura interpretativa y el ordenado decurso expositivo que el libro compone.

Nos propone el autor una primera aproximación al complejo proceso revolucionario que, durante el periodo de Lenin y Stalin, van constriñendo el trabajo de los historiadores a directrices que, desde una interpretación partidaria del materialismo histórico, cristalizan la revisión oficial de la historia. Los avatares del conflicto ideológico y de poder constituyen las fuerzas que, desde los años de la Revolución bolchevique —como más tarde lo será durante las pugnas suscitadas en el clima de la *perestroika*— se entronizan sobre el universo histórico de Rusia, mientras al unísono acallan la multitud de voces particulares y colectivas. De esta mirada fija se desprende coherentemente el análisis sostenido acerca de la construcción de un discurso historiográfico monocorde sobre la historia, que muchos historiadores, en su momento, contribuyeron a gestar entre entusiasmos y silencios. En desmedro de lo valioso que produjeron, en su momento, como estudiosos de la historia, figuras como Mijail Pokrovski, más tarde caído en desgracia, y Emelian Yaroslavski, sus obras son puestas de relieve en la edificación de una visión oficial del pasado sometida a los parámetros de la dictadura estaliniana y de las burocratizadas instituciones académicas que se encargarían de perpetuarlas. Plasmación de supresiones de hechos inconvenientes, de personajes discordantes, y visiones exaltadas sobre la construcción del socialismo soviético y del papel del partido y sus dirigencias en el poder, el discurso histórico del estalinismo, agenciado por los organismos académicos, se tornó entonces en doblegada forma de racionalización instrumental al servicio de los propósitos y figuras dominantes, reduciéndose a cumplir los utilitarios fines del propósito presente.

Según lo expuesto, contra todo ello, claro está, dirigirían más tarde sus fuegos las generaciones disidentes de la intelectualidad reformista, surgidas en los años cincuenta, alguna vez esperanzada en la limitada apertura promovida por la desestalinización de Jrushov, a su vez neutralizada

sistemáticamente por las cristalizadas estructuras institucionales, las que perpetuaron las líneas generales que definían el papel a cumplir de la historia marxista soviética frente a la historia burguesa promovida en Occidente en el contexto de la Guerra Fría. Los años de Brezhnev en el poder servirían extendidamente, por su parte, a estos fines perpetuadores. Fueron estas décadas, sin embargo, las que vieron surgir fructíferos acercamientos de la historiografía occidental al pensamiento marxista y a los aportes de la obra de historiadores soviéticos y de Europa oriental, reconociendo en ellos la consideración de las estructuras económicas y sociales, el análisis de los intereses de clase y el estudio de los procesos de cambio social en la interpretación histórica, como lo revelaran sostenidamente la escuela francesa de la revista *Annales* o la célebre revista británica *Past & Present*.

No puedo dejar de subrayar un rasgo que interpreto como trasfondo del estudio: la historia que García entrama en sostenida exposición, metódica y documentadamente, guarda especial interés por el anudamiento que encuentra y decanta entre el quehacer histórico encarnado en el discurso historiográfico producido en la Rusia soviética y la pretendida construcción política de un orden social que, desde la nomenclatura del partido comunista, encamina los destinos particulares y colectivos del país durante casi ocho décadas en el poder. De allí se desprende, por igual, la importancia que luego cobran las iniciativas reformistas lanzadas por el programa de Gorbachov y los efectos liberadores del aperturismo que promueve su precario liderazgo en el agitado rumbo que van tomando los acontecimientos. Es en esta encrucijada del poder y de la memoria histórica donde aprecio que el estudio cobra un carácter sustancial de historia política de la producción historiográfica. En este encuentro entre historiografía y política, será, a todas luces, el voluntarismo de la dirigencia partidaria, a su tiempo revolucionaria, conservadora o reformista (a voluntad del imperio del PCUS y de los órganos institucionales que estructura), la que parece encarrilar el tren del destino colectivo de un pueblo, dirigir el decurso cultural y depurar la memoria, al tiempo de instituir el olvido.

La revisión historiográfica desencadenada en los años siempre críticos de la *perestroika* —objeto del estudio— aparece, a través de la periodización que establece el autor, como una suerte de proceso de intensivas resignificaciones del pasado, en la necesaria rehabilitación de la historia rusa: reedifica lo desmoronado por el poder partidario, rememora lo suprimido por los amanuenses del régimen, recupera lo desechado por el voluntarismo oficial y la genuflexión de la Academia. Nuestro autor hace selectiva y puntual revista de los asuntos medulares que fueron poblando la visión crítica del pasado, presente en los trabajos de historiadores empeñados en la tarea de pulverizar el estalinismo historio-

gráfico: Roy Medvédev, Dmitri Volkogónov y Yuri Afánasiev. Comprometidos con la rehabilitación de figuras denostadas del pasado revolucionario (Trotsky, Bujarin) y con la desmitificación de personajes y hechos interesadamente glorificados en un panteón arcaico de marxismo oficial sin socialismo, participaron políticamente —y no sin conflictos y limitaciones— en la construcción de la *glasnost histórica* que la reestructuración consideraba indispensable alentar. Particularmente Afánasiev estuvo entre quienes constituyeron la asociación cívica *Memorial*, empeñada en revelar los ocultos y olvidados crímenes del pasado, promover la apertura de los archivos negados y establecer una justicia reparadora en el recuerdo de las víctimas.

Será necesario agregar, sin embargo, que el pasado que la intelectualidad reformista reclamaba y pretendía rehabilitar, en su momento alentada por la *glasnost*, constituyó solo una urgencia entre otras muchas no académicas que aspiraban a recuperar la memoria colectiva del pasado.

Mucho es lo que invoca la experiencia rusa sobre los usos del pasado en el libro de Gabriel García: invitaría a decir con Milán Kundera que lo que ha llegado hasta nosotros como conocimiento ha sido siempre sometido a todo tipo de supresiones; y por qué no a repetir con Mirek, de *El libro de la risa y el olvido*, lo que toda historia sentidamente libre rubricaría: “la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”. Es esta la historia del buen libro cuyo comentario cierro, en parte una historia de catarsis y de nudos desatados, en la cual, a despecho de los medios oficiales, la prensa renovada, las revistas remozadas o nuevas, y sectores disidentes del mundo cultural y político tomaron la delantera, reivindicando figuras antes proscritas y obras prohibidas, iluminando hechos oscurecidos, denunciando adulteraciones y temas censurados. Ya disuelta la Unión Soviética, tras el colapso de la *perestroika*, y defenestrado Gorbachov, los hechos irán tornando las reformas en un inusitado anticomunismo igualmente alentado por las nuevas dirigencias en el poder. Declarado definidamente antiestalinista desde 1987, el régimen reformista de la reestructuración había auspiciado —no sin un ingrediente dirigista y utilitario al servicio de los nuevos propósitos— la reevaluación crítica de la historia: “Volver a Lenin” sería la consigna positiva que simbolizaría los nuevos afanes rehabilitadores del pasado, en consonancia con los propósitos políticos del fortalecimiento socialista, y en nombre de una verdad histórica que resultó al fin huidiza. Al fin y después de todo, un giro histórico que en el futuro habrá de analizarse documentadamente y en detalle, hizo que la consigna de “volver a Lenin” fuera desde entonces denostar su memoria, destruir sus imágenes.

Alberto Caravedo Barrios

Kissinger, H. (2016)

Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de los países y el curso de la historia. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 431 págs.

El texto de Henry Kissinger es un estudio dedicado al orden mundial y su impacto mediático en el mundo contemporáneo. A lo largo de las 431 páginas de la obra el autor destaca que jamás ha existido un único orden mundial, ya que, a lo largo de la historia, han surgido naciones y Estados regionales poderosos, como Europa, China, India, entre otros, que han tenido diferentes concepciones del orden mundial, pero destaca que la concepción occidental de este orden es la más aceptada. El punto de partida que Kissinger da al orden mundial contemporáneo es el de la paz de Westfalia (1648) que puso punto final en Europa a una sangrienta confrontación político-religiosa: “La guerra de los treinta años”. Allí nacería la concepción moderna de equilibrio de poderes, Estados soberanos, principio de independencia nacional e intereses nacionales. Estos conceptos se aplican actualmente en el sistema contemporáneo global.

El sistema europeo, que es el que se encuentra vigente, se articula en torno al pluralismo y a la institucionalización de un orden internacional que ha estado vigente en los últimos tres siglos. El siglo XVIII, el Congreso de Viena y las guerras mundiales han terminado por confirmar las bases europeas de este orden, que se encuentra explicado en los capítulos 1 y 2 de la obra.

El capítulo 3 está dedicado al complejo mundo islámico. Allí señala que el próximo Oriente y el Islam son una de las regiones que experimentan una compleja volatilidad, que ya vienen desde tiempo atrás, donde lo real es la incapacidad contemporánea para poder unificarse en torno de los principios del orden mundial. Por ello es una región que gira entre dos alternativas: unirse a la comunidad mundial o luchar contra ella. La complejidad de la expansión islámica, con sus diferencias doctrinarias (sunnismo y chiismo) y de los distintos actores, árabes, turcos, persas y mogoles, conllevaron la fragmentación del proyecto mundial del Islam. El autor señala que el panarabismo y el Islam político colisionaron, dejando una serie de secuelas que el islamismo radical aprovecha para imponer su orden.

El capítulo 4 está dedicado a las tensas relaciones entre EE. UU. e Irán, que se volvieron complejas a raíz de la revolución islámica. Irán tiene la particularidad de que es el Estado de la región que posee un fuerte sentido de protección de sus intereses nacionales; de allí que desafíe el sistema

westfaliano moderno. Kissinger señala que, a pesar de las situaciones complejas, EE. UU. debería estar dispuesto a llegar a un entendimiento geopolítico con Irán para poder integrarla al sistema de equilibrio mundial.

Los capítulos 5 y 6 de la obra interpretan la situación del continente asiático en el complejo sistema del nuevo orden mundial. Asia es una regiones del mundo con una complejidad internacional, que colisionó en los siglos anteriores con Occidente y su orden mundial, pero en las últimas décadas se ha organizado en torno de los principios westfalianos, pero con la peculiaridad de que tiene Estados dominantes, como es el caso de China, heredera de concepciones hegemónicas tradicionales; Japón, una entidad histórica que logró con éxito sortear el camino del colonialismo, y gracias a su resiliencia se adjuntó al nuevo orden mundial; la India, con sus tradiciones culturales y la moralidad neutral, se permitió sortear los dramas de la descolonización y la Guerra Fría. Kissinger se dedica en estos capítulos a analizar los caminos que siguieron estas naciones en su construcción histórica y cómo se desenvuelven en el sistema actual.

Los capítulos 7 y 8 están dedicados al papel de la megapotencia actual, los EE. UU. y como los valores que permitieron su consolidación, como la democracia, las libertades, el libre mercado, el equilibrio regional, los cuales le permiten desarrollar el papel estelar en el escenario mundial. El autor señala que el logro de esta potencia ha sido reflejar sus principios nacionales en la política internacional. Esto partía desde sus orígenes como nación: sus más importantes líderes como Hamilton, Jefferson, Theodore Roosevelt, Woodrow Wilson, entre otros, representaban la cosmovisión internacional de la política norteamericana.

El último capítulo de la obra, el 9, está dedicado a la tecnología y su rol en el nuevo orden mundial, pues en la actualidad la ciencia y tecnología se han convertido en el símbolo del progreso de la humanidad actual. Las tecnologías que van desde lo nuclear hasta la cibertecnología se han convertido en una posible amenaza en los tiempos de la globalización; por ello, Kissinger aboga para establecer un marco para poder organizar el orden mundial actual para evitar nuevas crisis.

José Carlos Jiyagón Villanueva

Leavy, P. (2011)

Essentials of Transdisciplinarity Research. Using Problems-Centered Methodologies. New York, NY/Walnut Creek, CA: Routledge & Left Coast Press.

Patricia Leavy es profesora asociada del Departamento de Sociología y Criminalística en el College Stonehill. En su libro se trabajan los conceptos de investigación relacionados a lo transdisciplinar, hace un seguimiento histórico y un análisis epistemológico del mismo, diferenciándolo de la multi e interdisciplinariedad. El libro posee seis capítulos; en el primero se realiza un análisis conceptual de lo disciplinar hacia lo transdisciplinar; el segundo, nos describe la emergencia de la transdisciplinariedad en el contexto social y la globalización; el tercero, nos explica los problemas característicos en los cuales la transdisciplinariedad tiene especial relevancia; el cuarto, sobre el diseño de planes de acción entre disciplinas considerando las diferencias metodológicas que tiene cada una; el quinto, transdisciplinariedad orientada a la población y su importancia para las personas; y por último, evaluación de estrategias a implementar en el futuro con respecto al marco transdisciplinario de trabajo.

El punto de vista que se emplea en esta obra está referido al ámbito sociológico, y es desde allí en el que se plantea la necesidad de contar con una herramienta metodológica que está al nivel de los diferentes problemas que enfrenta la sociedad. Para eso se necesita trascender la disciplinariedad que cada profesional posee y entablar lazos de comunicación entre especialidades. Lo provechoso que tiene este tipo de interacción es que puede apreciarse los diferentes estándares éticos y conectarlos, por ejemplo, a los que se tienen que enfrentar las personas de ciencias médicas y los de ciencias sociales. Asimismo, se podrá apreciar en la interacción las diferentes formas de aproximarse a la realidad a través de diferentes formas.

La negociación entre disciplinas es crucial en estos casos, ya que no se trata de que exista una o varias disciplinas que eclipsen las demás. Lo que puede pasar es que en determinados contextos las disciplinas tengan más participación, pero no significa que el resto de disciplinas sean consideradas a menos, algo en lo que se diferencia bastante en relación a investigaciones multi e interdisciplinarias. La multidisciplinariedad, según la autora, tiene un nivel de interacción entre disciplinas que no logra trascender las preguntas clásicas que cada una realiza desde su dominio, es decir, no hay transcendencia entre las metodologías y perspectivas que cada una posee.

La interdisciplinariedad posee una metodología que sí logra compenetrar más entre las disciplinas, además, existirían grados de interdisciplinariedad. Incluso, señala Leavy, muchas investigaciones interdisciplinarias pueden ser entendidas como multidisciplinarias debido a la carencia

de criterios para distinguirlas. Mucho depende del marco epistemológico en el que uno se esté manejando para determinar hasta qué punto se pueden distinguir trabajos multi e interdisciplinarios. Ante este panorama, la autora nos explica seis criterios para reconocer cuándo un trabajo es transdisciplinar.

El primero de ellos es que el problema que se aborde debe concernir directamente a varias disciplinas; el segundo, aproximación entre especialistas de diferentes disciplinas, con miras a coordinar la manera de aproximarse al problema; el tercero, planeamiento de un marco teórico que permita incluir el conocimiento de las diferentes disciplinas; el cuarto, a raíz de lo anterior, se generará un marco teórico *sui generis* que pueda tratar el problema planteado; quinto, se construyen nuevas metodologías para poder resolver el problema en cuestión; y sexto, la flexibilidad generada mediante todo el proceso permitirá la apertura a nuevas ideas y a formas novedosas de trabajar los problemas.

Cabe resaltar que mediante toda la obra, siguiendo con los seis criterios mencionados, se habla de la transdisciplinariedad no como una forma metodológica *a priori*, sino *a posteriori*. Es decir, dada la naturaleza adaptativa y única de trabajar los diferentes problemas que involucran diferentes disciplinas, no se puede hablar de una metodología permanente en el trabajo transdisciplinar, sino que requiere del empleo de una estrategia capaz que logren justamente los seis criterios mencionados. La peculiaridad de la transdisciplinariedad es que no nos ofrece soluciones definitivas, sino adaptativas.

La transdisciplinariedad pone énfasis en las relaciones entre los problemas que analiza. Es importante contar con programas de investigación que promuevan trabajos transdisciplinarios que necesita la sociedad. Esto no significa que se dejen de lado las participaciones multi e interdisciplinarias, sino que hace falta, asimismo, la promoción de trabajos de investigación que incentiven la comunicación metodológica y estratégica entre distintos campos de estudio. Siguiendo la idea de la autora, cada institución debería poseer su propio protocolo que busque investigaciones transdisciplinarias acorde a las necesidades que considere pertinente. El libro no se propone dar un protocolo en particular para investigaciones de esta naturaleza, por lo que da carta abierta para que cada institución elabore sus propios requerimientos en cuanto a trabajos transdisciplinarios.

Octavio Chon

Kummels (ed.) (2016)

Photography in Latin America. Images e Identities across Time and Space. Berlín: Fundación Humboldt e Instituto de Latinoamérica de la Universidad Libre de Berlín, 242 págs.

El texto nos ofrece un conjunto de trabajos que reflexionan acerca de la fotografía histórica en Latinoamérica —su producción, recolección y consumo—, la dinámica del archivo y el acceso a los repositorios fotográficos, así como los usos y miradas contemporáneas de las imágenes, en propuestas artísticas, políticas, identitarias y académicas.

Es también la excusa para reflexionar acerca de la vinculación intelectual que nos une con la academia alemana, territorio cultural con el cual, más allá de algunos *referentes nacionales* —como Humboldt, Brüning o Uhle— hemos estado, desde la historia y la antropología, emocionalmente bastante lejanos. Este trabajo nos recuerda el interés que, desde finales del siglo XIX, despertó el territorio y población peruanos para la etnología germánica. En tal sentido, el libro debe despertar el interés de investigadores y estudiantes peruanos por el americanismo alemán, aprovechando, tal como exponen algunos de los trabajos que comprenden esta compilación, los nuevos mecanismos tecnológicos que permiten *quebrar* las fronteras físicas o burocráticas que, hasta tiempos muy recientes, habían hecho de estos materiales fuentes exclusivas para algunos privilegiados y, en un afán democratizador, han sido expuestas y apropiadas a través de la red.

Como se señala en la introducción, en las últimas décadas las fotografías históricas han sido “rescatadas” de colecciones particulares, archivos y repositorios públicos, y empiezan a circular en archivos digitales, “libremente”, a través de *blogs* y páginas de Internet. Incorporadas en estudios académicos y reescenificadas a partir de los nuevos usos que distintos públicos hacen de ellas: científicos sociales, estudiantes y dirigentes indígenas, profesionales mesocráticos y élites locales. Sin obviar, por supuesto, el uso de la imagen como herramienta destacada del ejercicio de construcción de memoria y “pequeñas memorias” —como nos refiere uno de los artículos aquí presentados, escrito por María Eugenia Ulfe y Ximena Málaga— sobre escenarios de violencia, sea esta reciente, tal como fue vivida por la población campesina surandina en los años del conflicto armado interno, o sea más temprana, como las fotografías que conocemos sobre diversos grupos amazónicos que sufrieron la violencia de la explotación cauchera.

El escenario temporal de las fotografías “rescatadas” en los artículos se enmarcan en una centuria: entre finales del siglo XIX y la década de 1980. Para el Perú, unas fronteras especialmente significativas. En principio, empezamos con

la reflexión posderrota en la Guerra del Pacífico, cuando los sueños de progreso y de ciencia al servicio de la modernización material del país dieron especial validez a estos nuevos artilugios y “adalides” del progreso: la fotografía y los científicos y técnicos europeos que las llevaron consigo. Y termina en la década de 1980, tiempo de un conflicto político que —una vez más— puso en tela de juicio nuestro proyecto como nación moderna. Qué significativo pensar así las imágenes que comprenden la colección Brüning y las fotografías familiares sobre las que construimos narrativas sobre memoria y violencia en la década de 1980. Y pensarlo hoy, en un contexto en el cual los avances tecnológicos ha conseguido *liberar* estas imágenes de sus tradicionales centros de consumo, elitistas y excluyentes, logrando, de alguna manera, un uso más democrático y su resemantización a través de las redes —aun cuando esta “emancipación” todavía no haya logrado escapar de los nuevos regímenes de control virtual.

Son ocho los artículos que se integran en esta compilación y, si bien recorren diferentes escenarios latinoamericanos: México, Colombia y la Amazonía, centran su interés en el Perú. Y son dos los trabajos que comentaré. En primer lugar, el texto de Michael Krauss “Encuentros con el retrato histórico y la fotografía de tipos”. Conocíamos las investigaciones de Krauss en los repositorios fotográficos alemanes merced al texto que editó junto a Manuela Fisher *Exploring the Archive. Historical Photography from Latin America* (Museo Etnológico de Berlín, 2015). En esta ocasión, el autor reflexiona sobre los retratos y fotografías tipológicas acopiados en el Museo Etnológico de Berlín, intentando, más allá de la sistematización elaborada por el museo para cada imagen —que implica el reconocimiento del grupo étnico, el fotógrafo y el lugar de la toma—, acercarnos al escenario en que estas fotografías fueron producidas y reflexionar sobre las percepciones que marcan su consumo en públicos contemporáneos.

La narración de la trágica historia de Meki, un indígena Guató que fue retratado por el etnógrafo Max Schmidt, en 1901, sirve de pretexto para explicarnos su interés por hallar información sobre los sujetos fotografiados, las relaciones heterogéneas que marcan la producción de las imágenes y las negociaciones dentro de las que se enmarca el encuentro de los fotógrafos con los indígenas retratados. ¿Qué es lo que realmente sabemos de las personas que están ante nosotros en estas fotografías, más allá de la etnia —o pertenencia étnica que asume el fotógrafo para el sujeto

fotografiado—, es decir, si fueron muchas veces vistos no como sujetos, sino como prototipos representativos de un grupo determinado? Y, ¿de qué manera las descripciones y posteriores interpretaciones que le fueron dadas a las imágenes condicionan nuestra mirada sobre las mismas?

A partir de las notas de campo de distintos viajeros que recorrieron el “interior” de Sudamérica —Schmidt, Nordenksjöld, Boggiani, Kroehle & Huebner, etcétera— el texto nos ofrece distintas referencias acerca del *impacto* que la cámara y el ejercicio de fotografiar generó en las poblaciones indígenas. Krauss nos pide concentrar nuestra mirada en los escenarios en los cuales fueron elaboradas las fotografías, reflexión de la cual emergen imágenes heterogéneas. Los encuentros entre la cámara y los indígenas fueron complejos, con distintas respuestas de parte de los sujetos fotografiados, enmarcados por procesos de negociación y contextos externos específicos. Así, por ejemplo, las fotografías de indígenas tomadas por J. Charles Kroehle y George Huebner (1888-1891) rebelan la compleja interdependencia asociada a la acción de fotografiar. Aduce el autor que estos fotógrafos se beneficiaron del sistema de enganche y esclavitud imperante en la Amazonía peruana para poder acercarse y tener a disposición indígena, en otros casos, “reacios” a aceptar ser retratados. Luego, estas mismas imágenes sirvieron para “denunciar” la explotación del caucho dentro del contexto del llamado “Escándalo en el Putumayo”, a inicios de la década de 1910.

El ensayo evidencia un esfuerzo más del autor. La experiencia de sacar estas imágenes de los repositorios y exhibirlas, mostrando las diferentes lecturas que sigue generando la desnudez en el público alemán contemporáneo. El texto termina exigiéndonos mirar las fotografías pensando en la capacidad o carencia que tenemos para reconocer las distintas influencias que se presentan al momento de construir nuestra percepción acerca de las imágenes. Y se pregunta: ¿sigue siendo un acto de ejercicio del poder colonial el que nos empuja a vestir al indígena? Así, no solo la creación, sino también la exhibición e interpretación de la fotografía es un proceso de negociación, donde juegan relaciones de poder, intereses y valores morales.

Por su parte, el texto “Circulación y nuevos usos culturales de la colección de Heinrich Heinrich Brüning”, de Gisela Cánepa, trabaja la colección Brüning, hoy dividida entre los museos etnológicos de Hamburgo y Berlín. Explica el interés

de este técnico alemán, asentado muchos años en nuestro país, por dedicar su vida a la “puesta en valor” de estos materiales y la incapacidad de lograr dicho propósito. Nos permite recordar a otros viajeros y residentes extranjeros en el Perú que se interesaron por la fotografía y en hacer de sus colecciones aportes significativos en el estudio académico de los pueblos americanos.

Asimismo, se destaca el rol significativo que las colecciones de Brüning han alcanzado desde la década de 1980 en la construcción de un discurso de pertenencia étnica *Muchik* y de revaloración identitaria regional, permitiendo “reconstruir” una imagen del pasado que vitaliza determinadas propuestas políticas e intelectuales, convirtiéndose en una “herencia visual” para individuos que se dicen representados pero que no tuvieron, hasta tiempos muy recientes, acceso a dichas imágenes. Así, de la misma forma en que la fotografía jugó un rol destacado en la construcción contemporánea de la imagen indígena y turística del Cusco, las fotografías de Brüning vienen siendo determinantes en la elaboración de un discurso visual contemporáneo sobre la historia de los pueblos de la costa norte —que, evidentemente, se contrapone a la más temprana imagen creada sobre la herencia hispánica, hasta hoy dominante en esta parte del país—. De esta manera, los documentos visuales adquieren “vida propia” y son constantemente reproducidos y reescenificados en la red y en plataformas virtuales, más allá de los tempranos intereses bajo los cuales las fotografías que fueron creadas o archivadas.

Más allá de los importantes aportes que ofrecen estos trabajos, pienso que es necesario reflexionar sobre las diferentes miradas que, contemporáneamente a la generación de las imágenes, fueron surgiendo con relación a ellas. Es decir, pensar cuál fue la recepción que estas imágenes —todavía no “históricas”— tuvieron en su tiempo, fuera de los círculos “académicos” para los que fueron generadas, y dilucidar hasta qué punto nuestras miradas contemporáneas del indígena y su *otredad* son también herederas de un consumo temprano de estas fotografías —que hoy “reaparecen”— por la naciente opinión pública peruana, ejercicio fundamental para entender la manera en que hemos visualizado la complejidad territorial y étnico-cultural de nuestro país a lo largo del siglo xx.

Juan Carlos La Serna

Kanashiro, L. (2016)

Debates presidenciales televisados en el Perú (1990-2011). Una aproximación semiótica. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima, 253 págs.

Nuestra memoria política indica que el primer debate electoral que se televisó en el Perú fue el que protagonizaron Luis Bedoya Reyes y Jorge Grieve, candidatos a la alcaldía de Lima en 1966. Como sabemos, el doctor Bedoya, que iba por la reelección al cargo, era ya un hábil orador, con grandes cualidades histriónicas; su contendor, el ingeniero Grieve, era un técnico, con lenguaje parco, que terminó engullido, según la opinión pública de entonces, en aquel “pugilato” televisivo.

Sin embargo, por distintas razones (los doce años de dictadura militar y la aparición de la “segunda vuelta” electoral), tuvieron que pasar muchos años, hasta 1990, para que se realizara el primer debate presidencial, ya emblemático en el recuerdo de los peruanos, entre el ilustre escritor Mario Vargas Llosa y el ingeniero Alberto Fujimori. Ese evento político nos dejó una primera gran conclusión: un debate puede influir, pero no necesariamente decidir una elección. Como sabemos, tanto la prensa como los sondeos de opinión, dieron por ganador a Vargas Llosa, pero Fujimori fue el que se llevó el triunfo final, pues la confrontación de esa noche del domingo 3 de junio no pudo revertir el fenómeno electoral del primer *outsider* que lograría alcanzar la presidencia del Perú.

Los debates, si bien no deciden una elección, sí alimentan la cultura política de un país. Son acontecimientos televisados en cadena, con gran nivel de audiencia, que también son transmitidos en simultáneo a nivel nacional por la mayoría de estaciones de radio; es más, se emiten en señal de cable y por la Internet. Eso sí, los que congregan mayor atención, como sabemos, son los debates que protagonizan los dos candidatos que pasaron a segunda vuelta. En la primera, el nivel de atención no es el mismo debido a la gran cantidad de candidatos o porque se organizan entre los equipos de plan de gobierno; en este caso resultan muy técnicos y sin mayor espacio para el ataque o el lucimiento.

Que este breve preámbulo sirva para ubicar el valioso estudio que nos entrega en forma de libro la profesora Lilian Kanashiro, que se planteó analizar los debates presidenciales en el Perú desde una perspectiva histórica y semiótica. Su pregunta central fue la forma de construcción de las identidades y alteridades políticas en estos debates, momentos cumbres de todo proceso electoral, el evento mediático más importante de la lucha por la presidencia.

Desde la Introducción, la autora, citando otros estudios, señala que los debates televisados son una de las expresio-

nes más claras de la mediatización de la política; que esta mediatización no actúa de manera uniforme en la sociedad peruana; y que su estudio es dinámico, abierto, pues con el avance tecnológico se va modificando no solo el alcance sino el significado de los debates presidenciales. Concluye que las computadoras y la Internet han alterado los procesos políticos y la manera en que las campañas electorales son manejadas (p. 20). Es más, el debate puede ser considerado un derecho de los ciudadanos: recibir información y ayudarlos a decidir su voto.

El libro, que se apoya en una nutrida bibliografía, tanto nacional como extranjera, y, especialmente, de un importante material audiovisual, en su mayoría consultado en el Archivo Audiovisual de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima, ha sido dividido en tres capítulos. En el primero (“Los debates electorales televisados”), la autora aborda los debates como forma de aprendizaje político y sus efectos, así como las negociaciones que hay detrás de ellos y sus distintos formatos. Luego, hace una reseña del primero en la historia contemporánea (el de Kennedy contra Nixon en 1960, que en realidad fueron cuatro entre ambos contendientes) para luego darnos un panorama bien informado de la historia de los debates presidenciales en Estados Unidos, Francia, España, Brasil y México).

El segundo capítulo (“Los debates electorales presidenciales en el Perú, 1990-2011”) tiene dos partes muy definidas. La primera es un recuento histórico, desde el emblemático Fujimori-Vargas Llosa de 1990 hasta el de Ollanta Humala y Keiko Fujimori en 2011. Los temas más recurrentes que se discutieron en estas confrontaciones (economía, política y seguridad) y sus perspectivas en el futuro (la institucionalidad del debate, cuántos pueden ser, las mejoras del formato y el análisis posdebate o postelecciones) definen la segunda parte.

El último capítulo (“Aproximación semiótica a los debates electorales televisados”) es el más extenso y complejo de los tres y en el que advertimos los aportes más importantes del libro. Aquí la autora ubica en su real nivel el peso de un debate televisivo en la campaña electoral: cómo es la emisión y qué consiste la participación de todos los actores, no solo la de los candidatos; el texto-enunciado en el debate; una muy lograda apreciación del desempeño televisivo de Alan García (expresidente), Alberto Fujimori (exrector), Mario Vargas Llosa (escritor), Alejandro Toledo (expresidente), Pedro Pablo Kuczynski (exministro), Keiko Fujimori (ex primera dama), Ollanta Humala (excomandante) y Luis

Castañeda (exalcalde). Las expresiones verbales de todos ellos (confrontación y propaganda, identidad, estrategias para el contacto con el elector, cómo golpear al adversario, las reorientaciones del discurso y las formas de despedida) redondean el análisis.

Las conclusiones cierran el libro, y resuelven las áreas analíticas que se trabajaron: puesta en escena y mecanismos de manipulación del lenguaje televisivo; formas de interacción y regímenes de significación; y construcción

y proyección del “nosotros” político (el candidato) y del “otro” político (el elector y el adversario). A partir de esto, la autora ensaya algunas recomendaciones o temas de discusión en el futuro, con miras a fortalecer los debates, como abrir el encuadre, evitar que el candidato mire a la cámara e incorporar otros actores a la dinámica del debate. El libro cuenta con un documentado prólogo de Óscar Quezada Macchiavello.

Juan Luis Orrego Penagos

Cueto, A. (2014)

Rituales de culpa y esperanza. Conciencia, imaginación y voz de un escritor peruano. *Antípodas. Journal of Hispanic and Galician Studies* (Roy C. Boland Osegueda, ed.), Sydney, núm. XXV/XXVI, 2014/2015.

De aparición anual, la revista *Antípodas* es la única publicación australiana especializada en monografías sobre temas académicos hispanoamericanos a cargo de reconocidos investigadores, profesores y críticos literarios. En cuanto al Perú, algunos números han dedicado ensayos a Mario Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro, César Vallejo. A esta lista de autores, se une Alonso Cueto, en quien se centra la mayoría de los textos de la doble edición que concita esta reseña.

Los números vigésimoquinto y vigésimosexto se estructuran en quince artículos que giran en torno a la obra de Alonso Cueto y un suplemento de cinco ensayos destinados a la obra de Gabriel García Márquez. Abre el especial el texto “La vida”, escrito por Cueto, en el que dedica profundas y sensibles reflexiones acerca de la aparente caótica existencia que asumimos. El sentido contra este caos en la vida podría encontrarse en la ejecución de un proyecto con el cual comprometernos, aunque no logremos su concreción absoluta: “Quizá la verdadera misión en la vida de los padres y de los maestros sea encontrar el germen de la pasión que pueda latir en sus hijos y alumnos” (p. VII). El tono de las palabras del preámbulo (publicado previamente como una de sus columnas en el diario *La República*) se origina en el fallecimiento de Lilly Caballero de Cueto, su madre, a quien también está dedicado el volumen de ensayos.

En relación a los textos sobre la obra de Cueto, la introducción (a cargo de Roy Boland) explicita el vínculo entre Australia y el escritor a partir de su visita en 2013, además de hacer una breve semblanza del escritor y del profesor. Más allá de que *Cinco para las nueve y otros cuentos* se lea en el bachillerato australiano, la influencia de la obra de Cueto se considera como un importante estímulo para desarrollar las letras hispanoamericanas en esa región y, por lo tanto, este número doble está dedicado a él como un homenaje o retribución por su tarea. Los primeros cuatro artículos han sido redactados por el mismo autor y tocan diferentes temas que, evidentemente, interesan a Cueto. De ellos, destaca el primero, “La magia de la lectura”, pues a través de él, puede explicar aquella prerrogativa que acompaña a todo buen escritor: ser un buen lector. De nuestra biblioteca personal, no necesariamente los libros en los anaqueles de nuestra casa, sino los pasajes de obras que perduran en nuestros recuerdos se unen a las circunstancias que rodean también con intensidad la ávida lectura que realizamos de manera que calan en nosotros. Así, desfilan “Melville en los metros de Madrid” o “Victor Hugo en una casa en Austin”, como invitaciones a explorar nuestras propias reminiscencias

literarias enmarcadas en la experiencia de la lectura. Cueto observa cómo los libros no arrancan de la realidad y nos permiten evadirla, pero solo para comprenderla mejor, para vivirla plenamente. El segundo texto en inglés, “Reflections on Life, Fiction and *The Blue Hour*”, aborda la relación entre una de sus más conocidas novelas a partir de la diversidad y los conflictos internos de nuestro país. Los dos últimos artículos reproducen sus notas publicadas en el diario *La República*. El penúltimo, “Un réquiem por Fidel”, presenta la novela de J.J. Armas Marcelo, *Réquiem habanero por Fidel*, aparecida en 2014, donde se aprecian nombres y conflictos extraídos de la realidad y la historia para combinarlos con la narración y la ficción. En el último, “El gran padre”, realiza una valoración de la imprescindible novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, en su sexagésimo aniversario de publicación.

La siguiente sección “artículos sobre Alonso Cueto”, se compone por diez ensayos preparados por reconocidos críticos, profesores y literatos. Mario Vargas Llosa se concentra en *Grandes miradas* para destacarla, entre otras virtudes, como una manera de luchar contra la amnesia que muchos compatriotas pretenden asumir sobre la época de corrupción del gobierno de Alberto Fujimori. Con tono firme, Vargas Llosa recuerda el origen del protagonista, Guido Pazos, en el caso del juez César Díaz Gutiérrez, en la vida real, a la vez que destaca la hábil construcción en la verosimilitud de una obra literaria que refleja uno de los peores momentos de la política peruana y de sus serviles medios de comunicación masiva. José Miguel Oviedo repasa diversos aspectos resalantes de las novelas *La hora azul* y *El susurro de la mujer ballena*, para destacar la evolución en la narrativa de Cueto. Jeremías Gamboa se ocupa de *Pálido cielo*, para lo cual vincula las circunstancias que vivió en la Lima atacada por Sendero Luminoso, como el atentado en la calle Tarata, y el contenido de la *nouvelle* en cuestión que circunscribe el lado íntimo de la historia de Luis y Mariella en el contexto de los atentados terroristas. Por su parte, Rita Gnutzmann realiza un interesante análisis comparativo sobre las implicancias de la violencia “ficcionalizada” tanto en *La hora azul* como en la novela de Iván Thays, *Un lugar llamado Oreja de Perro*. En buena parte de su ensayo, además, apela constantemente a fuentes, documentos y libros de no ficción y, más bien, vinculados a las ciencias sociales. Rocío Parada González se encarga de revisar *Cuerpos secretos*, obra que convoca dos líneas del autor: la novela negra policial y el componente melodramático. Jorge Wiese propone un enfoque diferente para la interpretación y enfatiza en la manera en que la descripción de telas y vestidos revelan un significado de ninguna manera secundario en muchas de las obras de

Cueto. Machado en relación a Manrique, Proust y Salinas, la lectura de Wiesse convoca con acierto y perspicacia la intertextualidad a partir de detalles que resultan más que “triviales anécdotas”. El de Rodica Grigore es el único texto en inglés y versa sobre los aspectos historiográficos en *La hora azul*. El editor Roy Boland, participa, a su vez, con un interesante ensayo acerca de la intertextualidad a partir de *Cinco para las nueve y otros cuentos*, donde desarrolla la noción de *crossover* literario. Esta parte termina con las reseñas de Abelardo Oquendo, José Miguel Silva y Federico de Cárdenas, quienes han publicado previamente sus comentarios sobre la relación entre la obra *La pasajera* y la película *Magallanes* de Salvador del Solar. Para finalizar con los textos dedicados a Cueto, Margaret Ann Shepherd expone un “Ensayo fotográfico”, donde se muestra, sobre todo, la visita del autor a Sydney en 2013.

Por último, el suplemento sobre García Márquez está compuesto por dos ensayos de Cueto sobre los apellidos del autor de Aracataca, y sobre el rol de las palabras entre la oposición del destino y el azar en *El amor en los tiempos del cólera*. Hay un ensayo más en castellano de Gloria Guardia sobre la persona de García Márquez y los dos últimos textos versan en inglés acerca de la desesperanza en *El coronel no tiene quien le escriba* de Clemencia Forero-Ucrós, embajadora de Colombia en Australia, y una revisión del estilo de García Márquez bajo las coordenadas de Macondo, Tasmania, Mumbai, El Salvador y tantos otros lugares, escrito por Roy Boland Osegueda, editor general de la revista.

Luis Enrique Landa Rojas

Novak, F. y Ortiz Sotelo, J. (eds.) (2014)

El Perú y la Primera Guerra Mundial. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Este ensayo, escrito por José A. Pacheco Freitas, está orientado a rebatir los argumentos tradicionales sobre las causas de desataron la Primera Guerra Mundial, basados en las políticas de alianzas que dividieron a Europa, así como las posturas que han buscado señalar culpables en este conflicto.

El autor plantea que una mirada retrospectiva sobre el conflicto nos aleja de una comprensión sobre lo ocurrido, y sostiene la necesidad de ver y entender los hechos de 1914 desde la visión de 1914, analizando la información de la época y la toma de decisiones de los gobiernos involucrados en este conflicto.

El siglo XX comenzó con una catástrofe mundial que cuestionó los alcances del progreso humano en términos económicos y sociales, los cuales debían mejorar las condiciones de vida de la población. Europa no vivía una situación de conflictos internacionales desde las guerras napoleónicas, gracias a que el Congreso de Viena había permitido un equilibrio del poder entre las potencias, evitando las grandes guerras durante los siguientes años.

La unificación alemana alteró el equilibrio del poder y provocó que las potencias cuestionaran el *statu quo* existente, y estas buscaron acuerdos en base a sus propios intereses lo que llevaría a la formación de alianzas estratégicas. Sin embargo, los sistemas de alianzas no fueron causa de la guerra, pero sí fueron un problema cuando las disputas entre ellas se agravaron.

El desmoronamiento del imperio turco y los intereses de Austro-Hungría y Rusia sobre los territorios balcánicos, así como el intervencionismo francés en Marruecos frente a las pretensiones alemanas, exacerbaban las tensiones entre las potencias y crearon las condiciones para el conflicto armado. A todo ello se suma los avances en la tecnología puesta al servicio militar, que aumentó el poder destructivo de las armas y que desató una carrera armamentista entre las potencias, pero que perjudicó a las economías nacionales.

Todos estos sucesos mostraron la fragilidad de las relaciones entre las potencias y los respectivos gobiernos se vieron forzados a tomar decisiones que provocarían que la situación se vuelva explosiva, es decir que la causa de la guerra fue política y el efecto fue militar.

El autor concluye señalando que la Primera Guerra Mundial no se debe pensar en función de culpas, sino que fue el resultado de un proceso de toma de decisiones —diplomáticas y militares— y coyunturas —políticas y económicas— las que desencadenaron el conflicto.

Así, en la guerra se combatió para fortalecer las alianzas entre sus integrantes y no porque hubiese una causa de guerra determinada, es decir, las potencias no tuvieron objetivos concretos para ir a la guerra, sino que actuaron reactivamente frente a las acciones desarrolladas.

La posición internacional del Perú ante la Primera Guerra Mundial

En este trabajo, Fabián Novak describe y analiza la posición política que asumió el Perú frente a las potencias que entraron en conflicto durante la Primera Guerra Mundial. Para ello, empieza describiendo las relaciones con los diferentes países que más tarde se enfrentarían en este conflicto.

Hacia finales del siglo XIX, el Perú implementó algunas acciones que reforzaron nuestras relaciones con el imperio alemán. Entre las medidas más importantes es posible mencionar el acuerdo de reparaciones con ciudadanos alemanes en el país, debido a los daños y perjuicios sufridos durante la guerra con Chile y posteriormente, con la guerra civil entre Cáceres y Piérola.

En ese periodo llegaron al Perú algunas empresas alemanas como Banco Alemán Transatlántico y la empresa Telefunken que implementó una red de estaciones radiotelegráficas en Sudamérica que incluyó al Perú, y el intercambio comercial con Alemania entre 1901 y 1914 representó el 6 % de total de las exportaciones del Perú.

Por otro lado, Gran Bretaña mantuvo su influencia en el país basada en las relaciones económicas y comerciales anteriores, en las relaciones con Francia destacó el arribo de una misión marítima para dirigir la Escuela Naval del Perú y con Estados Unidos las relaciones adquirieron una relativa intensidad, debido al incremento de los intereses industriales y comerciales, y por los intereses peruanos en conseguir su respaldo en las disputas fronterizas que el país tenía.

Una vez iniciado el conflicto entre Alemania y Rusia, el Perú mantuvo la posición de neutralidad, aunque nunca la expresó formalmente; lo cual fue criticado debido a las ventajas que podía obtener el país para las relaciones con Estados Unidos. Cabe destacar que más allá de su neutralidad formal, el Perú mostró una tendencia favorable hacia los ideales norteamericanos, incluso acogió una recomendación sobre el uso de las instalaciones radiográficas por parte de buques alemanes y se dieron disposiciones para controlar los buques mercantes extranjeros.

En 1915 el Perú protestó formalmente frente a la decisión alemana de implementar la guerra submarina irrestricta,

la que amenazaba el comercio con los países europeos. Mientras tanto, Alemania ordenó la destrucción de todos los barcos alemanes inmovilizados en puertos extranjeros, frente a lo cual el Perú dispuso su expropiación y el pago del justiprecio, sin embargo, el gobierno alemán protestó esta decisión.

Ese mismo año un submarino alemán hundió la barca peruana Lorton frente a las costas de España. El gobierno peruano realizó la protesta de rigor y argumentó los principios del derecho a la libre navegación en el mar y el respeto hacia las embarcaciones de países neutrales, para lo cual, el gobierno alemán ofreció una investigación.

Se cursaron documentos diplomáticos durante 1917, sin llegar a un acuerdo favorable para el Perú, lo que motivó que el gobierno justificara su decisión de romper relaciones diplomáticas con el Imperio alemán.

Para 1918, las informaciones sobre el avance victorioso de la Triple Entente fueron recibidas en el país con mucho júbilo y el gobierno cursó varios despachos dirigidos al presidente del gobierno francés y otras autoridades, felicitándoles por los éxitos logrados, sobre todo por la recuperación de los territorios de Alsacia y Lorena.

Finalmente, el Perú suscribió el Tratado de Paz de Versalles de 1919 y se incorporó a la Sociedad de Naciones como socio fundador. Las relaciones con Alemania recién se restablecieron en 1920 y para el año siguiente ya se habían logrado importantes acuerdos en materia comercial y económica.

La economía peruana durante y después de la Primera Guerra Mundial

El presente artículo de Luis Felipe Zegarra está dirigido a analizar en qué medida la Primera Guerra Mundial impactó en la economía nacional, observando el desempeño del comercio exterior, la producción, las cuentas y la situación del Perú al final del conflicto.

Después de la recesión económica en las décadas de 1870, 1880 y 1890, el Perú comenzó a mostrar una importante recuperación a través del crecimiento en casi 5 % anual y el incremento del PBI alrededor de 150 %. Esta bonanza también se apreció en el crecimiento de las exportaciones y las importaciones peruanas, principalmente en el algodón, el azúcar y el cobre que representaban el 50 % de las exportaciones.

Cuando estalló la guerra, el comercio exterior se vio afectado porque la cotización de las materias primas peruanas cayó en los primeros meses; sin embargo, pronto se recuperarían y tendrían un crecimiento importante para la economía nacional. Entre 1913 y 1919, el valor total de las exportaciones experimentó un crecimiento

significativo, debido al aumento de los precios lo que favoreció principalmente al comercio del algodón, azúcar y cobre, siendo Estados Unidos el principal destino de las exportaciones peruanas.

La guerra generó condiciones de mercados que fueron favorables para la producción de petróleo, azúcar, cobre y algodón. Otros de los rubros productivos nacionales que encontraron un beneficio económico durante el conflicto fueron la producción agropecuaria, arrocería y minera en general.

El desarrollo de la guerra también favoreció a las inversiones en el país, tanto privada como pública, a través de obras de infraestructura como la construcción de ferrocarriles costeros que dinamizaron la producción y las exportaciones. Por otro lado, también se produjo una expansión del sistema financiero mediante el incremento del número de bancos y sus operaciones de préstamos, depósitos y utilidades que alentaron el consumo interno.

En los años posteriores a la guerra, las exportaciones en el sector agrícola y minero inicialmente decayeron, aunque ello no desalentó las inversiones en esos rubros. Después de 1924 se produjo una recuperación y expansión en las exportaciones que llevó a un aumento de las áreas cultivadas, así como de la producción de azúcar y algodón y del mismo modo ocurrió con las exportaciones mineras.

Durante el periodo posterior a la guerra se produce un auge de la economía que está asociado al crecimiento urbano de Lima y su progresiva intensidad en los negocios, lo que favoreció a inversiones y créditos para diversos proyectos de irrigación, construcción de carreteras y puertos, así como importantes y vastas obras de infraestructura urbana.

El Perú y los aspectos militares de la guerra

Jorge Ortiz Sotelo enfoca su trabajo sobre los aspectos militares de la Primera Guerra Mundial que afectaron al Perú. Destaca que el armamento utilizado en este conflicto fue mucho más letal que el de las guerras anteriores y que provocaría la muerte de millones de personas entre militares y poblaciones civiles.

Cuando estalló la guerra en 1914, muchos ciudadanos extranjeros residentes en el Perú, así como aquellos que gozaban de una doble nacionalidad, o quienes tenían ascendencia extranjera, acudieron al llamado de sus respectivas patrias para defenderlas en este conflicto.

Varios peruanos residentes en Europa pasaron por muchas penalidades para retornar al Perú, mientras que otros tantos decidieron enlistarse en las tropas aliadas en las que muchos perderían la vida, destacando la figura de José García Calderón, y otros tuvieron la fortuna de sobrevivir al conflicto.

Al respecto, el artículo detalla diferentes aspectos sobre el desempeño de estos peruanos que participaron en la guerra en los ejércitos franceses, ingleses, italianos y alemanes como combatientes o personal de apoyo militar, describiendo los grados militares que alcanzaron, el campo de batalla en el que actuaron y los reconocimientos que obtuvieron por las acciones realizadas durante el conflicto.

Por otro lado, varios diplomáticos, cónsules y militares realizaron diversas actividades muy cerca del escenario de la guerra. Cabe destacar al general Óscar R. Benavides quien estudió la organización, equipamiento y empleo táctico de los ejércitos en el conflicto, así como su iniciativa para el establecimiento del Hospital Franco-Peruano en París.

Respecto de las acciones militares marítimas, las escuadras británicas y alemanas se comprometieron en una pugna por el control de los mares que incluyó operaciones navales frente a las costas sudamericanas. Es posible que las informaciones sobre el movimiento de los buques británicos fueran advertidas a los buques alemanes, a través de los sistemas de radiotelegrafía que habían sido instalados por empresas alemanas.

Así, el crucero alemán Leipzig interceptó al vapor británico Bankfields frente a las costas del Perú, el cual llevaba un cargamento de azúcar y cobre, y posteriormente hundido, al igual que otros episodios similares y con buques de otras nacionalidades de los países aliados.

Ello obligó a que el Perú patrullara las aguas territoriales para proteger la neutralidad nacional, debida en gran parte a la dependencia económica del país respecto de las exportaciones minerales y agrícolas. Lo mismo llevó a que buques de guerra británicos continuaran el control sobre barcos neutrales para evitar el contrabando en favor de los alemanes.

Además, el Callao se convirtió en un puerto importante para el reabastecimiento de varias naves de las fuerzas aliadas japonesas, británicas y francesas que enfrentaban a la armada alemana en el Pacífico sur.

El caso de la barca Lorton es descrito con información sobre sus actividades mercantiles previas al conflicto y su posterior hundimiento ocurrido en 1917, lo que provocó el rompimiento de las relaciones peruano-alemanas y la decisión del gobierno de respaldar la causa de las fuerzas aliadas.

Asimismo el artículo recoge información sobre el devenir de las diferentes naves que recalaban en los puertos peruanos durante el transcurso de la guerra, y la posición y acción del gobierno peruano sobre sus operaciones.

El diario de un limeño que murió en la Primera Guerra Mundial

El presente ensayo de Giovanni Bonfiglio analiza el proceso de asimilación e integración de los inmigrantes —particularmente, los italianos— en la sociedad peruana en el marco de la Primera Guerra Mundial.

El trabajo de Bonfiglio hace referencia a los sentimientos sobre la identidad de los inmigrantes y su doble nacionalidad, respecto de la Primera Guerra Mundial y para ello, recoge los testimonios plasmados en el diario de un italo-peruano que lleva el sobrenombre de Policario.

Tras permanecer durante algunos años en Lima al cuidado de los intereses económicos familiares, Policario retornó a su tierra natal para reencontrarse con su familia, gracias a la decisión de su madre. Este y otros casos muestran que la migración italiana obedecía a una estrategia familiar, en la cual las mujeres tenían un rol decisivo.

Policario retornó al Perú y escribió en su diario un conjunto de sentimientos de nostalgia hacia la madre tierra italiana, pero también mostraba una alegría y emoción por volver a la tierra donde había nacido y lo había visto crecer.

Cuando estalló la guerra, Policario fue requerido por el Estado y enviado al frente de batalla. Ahí escribió sobre lo inexplicable que le resultaba entender el alto costo de vidas humanas para defender una frontera y las dificultades que padecían los soldados por la escasez de comida, abrigo y armamento.

Uno de los impactos que provoca la Primera Guerra Mundial en los inmigrantes es que modificó su relación con el país de origen, que les reclamaba lealtad y servicio militar, y que acabaría con sus vidas en el cumplimiento de la demanda.

A continuación, el ensayo se orienta a reflexionar sobre las políticas del Estado italiano respecto a los migrantes. Por un lado, las corrientes nacionalistas proponían utilizar la emigración como un medio para alcanzar el imperialismo tradicional, y por el otro, estaban los defensores de la libre colonización de las Américas.

Al respecto, se puede concluir que los inmigrantes italianos que llegaron al Perú hasta 1910, mantenían el espíritu de la unificación italiana y por tanto, se sujetaron a las decisiones del Estado italiano debido al espíritu patriótico y romántico del siglo XIX. Posteriormente, los inmigrantes italianos que arribaron al país después de la Primera Guerra Mundial, no tuvieron esa misma actitud y más bien pasaron a asimilarse a la sociedad peruana.

Consecuencias de la Primera Guerra Mundial en el Perú

La Primera Guerra Mundial acabó con el viejo sistema de Antiguo Régimen que estuvo formado por cinco potencias que se unieron para mantener el orden y asegurar el equilibrio de poder en Europa. Sin embargo, este equilibrio de unidad se transformó en una competencia entre alianzas formadas entre 1872 y 1914, a las que se sumaron potencias extra europeas.

La guerra no pudo ser evitada ni por el equilibrio de poder político alcanzado por las potencias, ni por los intereses económicos sustentados en el comercio exterior de los países involucrados, y más bien, mostró la capacidad de destrucción en el creciente armamentismo desarrollado.

La Conferencia de París en 1919 que puso fin a la guerra, estuvo dirigida por Estados Unidos, el Reino Unido y Francia, y participaron 32 naciones entre las que estuvo el Perú, debido a que en 1917 rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania por el hundimiento del buque Lorton.

Las negociaciones giraron en torno a los intereses que tenían las potencias vencedoras y los países derrotados no participaron de la conferencia, por lo que los acuerdos adoptados en ella fueron más una imposición que una negociación.

Así, Estados Unidos presentó el programa denominado los Catorce Puntos que fue considerado como idealista. El Tratado de Versalles significó un duro golpe político, económico, territorial y social contra Alemania, debido a las fuertes restricciones e imposiciones que le infligieron. Por otro lado, los tratados de Saint-Germain y Trianon provocaron la disolución del Imperio austro-húngaro, mientras que los demás convenios decidieron sobre el destino político y territorial de las naciones balcánicas y otros países.

El ingreso de Estados Unidos a la guerra sería determinante en la victoria de la Entente, y se colocaría como una potencia en el escenario internacional, gracias a su creciente economía industrial y una destacable fuerza militar.

La creación de la Sociedad de Naciones fue la propuesta para solucionar las controversias internacionales, así como el mecanismo para asegurar la paz entre los países, sin embargo, la ausencia de Estados Unidos sería determinante en el fracaso de los objetivos de este organismo.

El desarrollo de los nacionalismos basados en los principios de la autodeterminación, darían un impulso a la descolonización y a la reelaboración del mapa europeo. A ello se suma la aparición del totalitarismo comunista, nazista y fascista frente al debilitamiento de los sistemas democráticos.

Desde el ámbito económico, el final de la guerra posibilitó el surgimiento de nuevas potencias como Estados Unidos y Japón, que incursionaron en las rutas y metas comerciales que antes dominaba Gran Bretaña.

En el Perú, el inicio de la guerra provocó el cierre de los mercados, la interrupción de préstamos y aumento de los precios; pero a partir de 1916, aumentaron las exportaciones y se produce una recuperación económica. Sin embargo, el fin del conflicto dejó serias consecuencias económicas y sociales.

En los siguientes años, los efectos de la guerra hicieron retroceder al capital británico del Perú y favoreció a una mayor presencia de las inversiones de Estados Unidos, principalmente en minería, petróleo, azúcar y ferrocarriles; y contribuyó a un significativo aumento de las exportaciones nacionales y una mayor dependencia de los capitales norteamericanos.

Comentarios finales

Sin lugar a dudas, la Primera Guerra Mundial es un tema sobre el que existe una vasta bibliografía que trata los diversos aspectos de esta conflagración que tuvo un alcance a nivel mundial, sin embargo, las obras sobre la relación entre la historia del Perú y este conflicto no resulta tan extensa.

Es así que el libro *El Perú y la Primera Guerra Mundial*, de Fabián Novak y Jorge Ortiz Sotelo, constituye un trabajo destacable porque aborda desde diversas perspectivas la situación del país en el escenario de la Gran Guerra.

El libro está organizado a través de seis ensayos, que han sido realizados por diferentes autores en base a un exhaustivo trabajo de investigación sobre diversas y nuevas fuentes de información, que dan como resultado un trabajo prolijo y relevante. El primero de ellos trata sobre las causas que desataron el conflicto, y expone con claridad los factores políticos y los intereses detrás de las potencias que terminarían en el estallido de la guerra. Los demás trabajos desarrollan otras temáticas como la posición internacional del Perú respecto del imperio alemán y las potencias aliadas; el impacto comercial y productivo, y cómo afectó a la economía nacional; la relación militar del Perú frente a la guerra, a través de distintos personajes y los buques; la situación de los inmigrantes europeos en el país —destacando el caso de los ítalo-peruanos— y finalmente, las consecuencias que la Gran Guerra traerían para el país en sus relaciones internacionales.

De este modo, el libro aporta nueva y valiosa información y análisis sobre los aspectos políticos, económicos, sociales y militares; de modo que constituye una obra imprescindible de consulta para comprender y tener una mejor perspectiva sobre la historia del Perú republicano a comienzos del siglo xx, así como su relación con el escenario mundial, específicamente con los eventos que ocurrieron con la Primera Guerra Mundial.

Ramiro Velaochaga

Cabrera Alva, J. (2016)*Del mal amor*. Lima: Pájaro de Fuego.

José Cabrera Alva ingresó a la escena poética peruana a inicios de los años noventa. Desde esos años, y, posteriormente, en sus poemarios *El libro de los lugares vacíos*, *Canciones antiguas* y *Ombigo de ángel*, su lenguaje se caracterizó por mostrar un gran manejo lírico y aire bucólico, así como por su brevedad, densidad y búsqueda de lo trascendental, por lo que puede notarse en él la influencia tanto de la poesía oriental como de la española del Siglo de Oro.

No obstante, *Del mal amor*, libro escrito en 2003 pero publicado recientemente, no solo ha significado un giro en el estilo poético del autor, sino también en la manera de enfocar el tema de la violencia política en el Perú entre las décadas de 1980 y 1990, pues si bien dicho tema ya había sido tratado por algunos de los poetas más importantes de esos años —entre ellos, los miembros del grupo Kloaka y poetas como Luis Chueca y Victoria Guerrero—, *Del mal amor* contiene ciertos elementos que lo hacen singular en el contexto de la literatura peruana que se ocupa de representar el conflicto armado interno, tal y como veremos a continuación.

Del mal amor, finalista del Premio Copé de Poesía del año 2003, es un *collage* fascinante y a la vez desgarrador en el que se conjugan una serie de monólogos, diálogos y fragmentos de diversos tipos, a través de ciertos elementos narrativos. En él, como en toda gran obra en la que se unen hábilmente el talento propio del escritor y su buen conocimiento de la tradición, se perciben ecos de algunos de los más grandes poetas clásicos y contemporáneos —entre ellos, Dante, el Arcipreste de Hita, Rilke y T. S. Eliot. No obstante, a pesar de que la influencia más visible está en el plano temático, es decir, en la reelaboración de algunos de los tópicos más destacados de dichos autores —como son la muerte y el amor o en el empleo de ciertas referencias mitológicas—, es la obra de T. S. Eliot la que resuena más, sobre todo a nivel de concepción poética.

Así como Eliot, José Cabrera hace gala de una gran experimentación formal —incluso, a nivel tipográfico, espacial y plástico—, lo que convierte su texto en una valiosa exploración críptica del tema de la violencia política. Sin embargo, a pesar de su *fragmentarismo*, tal y como sucede en *La tierra baldía* de T. S. Eliot, en *Del mal amor* hay un ritmo que funciona como hilo conductor e integrador de todo el poema, aunque, en su caso, este se encuentra enraizado en la tradición oral andina y pareciera estar compuesto

por una suerte de voces o, mejor aún, aullidos, como aquellos de los condenados.

A través de esta polifonía, el poemario examina el tema del desplazamiento causado por la guerra interna en el Perú como un proceso no solo desmesurado, impetuoso y tan enérgico como la violencia misma que lo provocó, sino, sobre todo, como un periplo signado por una constante fractura mortal. Ello encierra una gran paradoja, porque si bien sus protagonistas emprenden el viaje para huir de la muerte, parecen ya haber sido sus víctimas sin saberlo y, por otro lado, dicho viaje implicará también otras tantas muertes. No obstante, todas ellas están vinculadas a la condición de permanente subalternidad en la que se desenvuelven dichos personajes, como vemos a continuación: “Y juntaban su plata/ juntaban su ropa juntaban sus huesos/ y partían/ lejos lejos/ hacia un continente más viejo, más carnívoro”.

Por otro lado, la disposición por parte del autor de ciertos elementos narrativos y de la tradición oral le permite mostrar ese caos en que se ha convertido la existencia como consecuencia del abuso de poder y de la violencia, tal y como ocurre, por ejemplo, en la obra de dos importantes narradores latinoamericanos: Juan Rulfo y José María Arguedas. Y, como sucede en las narraciones de este último, en *Del mal amor* ciertos fenómenos sociales están representados a partir de algunos conceptos de la cosmovisión andina.

Por ello, se intercalan las escenas de la guerra interna y la migración, con ciertos fenómenos naturales, como aluviones, terremotos, etcétera, que remiten a la idea del *Pachacuti* y, asimismo, se identifica a los victimarios con algunos personajes de la tradición oral andina como los *pishtacos* o *nakaqs*. Cito: “y soñé/ imaginé/ recordé/ Los ritos de los ancestros/ La tierra vibró/ en mis oídos/ y se transformó en pájaro/ y volamos/ volamos/ saltamos entre las nubes/ huyendo/ de los nakaq’s/ del incendio de nuestra tierra/ como aluvión qué caramba/ qué tanto/ nos derramamos/ ay Diosito/ alúmbranos, ampáranos/ desde la orilla disparaban/ por eso hasta ahurita/ tengo pesadillas/ y vi/ sí/ vi en la noche honda/ que nuestros labios/ nuestras bocas/ debían volar”.

Como puede observarse en el pasaje anterior, el lexema “volar” parece referirse no solo a la migración de las aves como metáfora del desplazamiento poblacional, sino también a la idea de desaparecer o morir despedazado.

De esta manera, el texto ilustra el éxodo como un fenómeno en el que el movimiento se ha detenido trágica y permanentemente, lo cual contradice el concepto mismo del *Pachacuti*, que supone la idea de renacimiento o transformación.

Así, en el contexto del libro, el tiempo es una especie de polea loca que gira en torno de la muerte y de la que quieren huir sus protagonistas, por lo cual buscan un amor que les permita desaparecer definitivamente. Es decir, un “mal amor”, en oposición al “buen amor” del Arcipreste de Hita, cuya mujer ideal es “fermosa”, “apuesta e loçana”, llena de vida, mientras que la del libro *Del mal amor* es un cadáver viviente —“luz extraída de los ojos/ luz convertida en harapos [...]” y cuya mayor virtud sería apagar la vida del pretendiente aunque eso contradiga su nombre: “—¿Sabes, Luz? Si se cae alguna vez un avión tuyo... me gustaría caerme contigo”. Ninguno de estos personajes se asemeja a Orfeo, Eurídice, Dante o Beatriz porque parece no existir ni Hades ni paraíso ni infierno para ellos. Su suerte se parece a la de los condenados que transitan *ad infinitum* en el mundo terrenal convertido en un caos doloroso y constante.

Y así como las historias de Dolores para Juan Preciado, en este fantasmagórico laberinto, en el que circulan los protagonistas de *Del mal amor*, solo los mitos sosiegan, por considerarse como lo único poseedor de cualidades fácticas o reales. Cito: “El mundo se ha partido/ la noche/ tiende redes/ y son cabezas humanas las que ruedan hasta la orilla/ donde los mitos/ son una luz/ una certeza”. El recuerdo auditivo de esas historias le da sentido a su existencia espectral, más aún porque se genera a partir de la lengua que aviva el afecto: “Ahora en tierras extrañas/ —con el corazón/ y los ojos en la lengua—/ recuerdo mi infancia/ cerca al cielo/ sí te digo sí/ los zorros tienen alas en nuestro pueblo/ y he visto cantar/ al condenado sin cabeza”.

Estos versos nos remiten inevitablemente al inca Garcilaso, a quien el exilio estimuló enormemente para rememorar su infancia y las historias que mamó en la leche materna, es decir, en el quechua. Así como él, los personajes de *Del mal amor* también establecen nexos muy estrechos entre memoria, identidad y lengua a

partir del exilio, por lo cual este se convierte en una vía de retorno a la tierra, a los ancestros, a los dioses, en otras palabras, al origen: “Todavía recuerdo/ las estrellas colgando/ del pelo de nuestros dioses”.

Pero en el libro este periplo es, asimismo, una forma de volver al horror, a la herida abierta: “En el tiempo del Maligno. Sangre nomás nos rodeaba”. Sin embargo, la sangre también es presentada como fundamental para la humanidad debido a su valor simbólico y mítico, tanto para el mundo occidental como para el andino, tal y como vemos en este texto oral basado en el libro del Génesis: “Y la sangre brotó de mi costilla/ y nació mi mujer/ y mi Dios la llamó Eva/ y Eva me dio un bebé/ hasta que el cielo se quebró/ y las estrellas reventaron en mis ojos/ y tuve que huir/ huir/ no sé dónde ni por qué”.

De esta manera, en *Del mal amor* se muestra que la humanidad está signada por un tipo de migración, el destierro del paraíso, que, a su vez, es la causa de la condición mortal del individuo y de lo único que tiene certeza. Así, la muerte debe conservarse en la memoria porque es aquello que constata la existencia de los seres humanos y permite identificarlos en las huellas del dolor. Por eso, ninguna muerte debe caer en el olvido: “Los nichos y fosas son reales/ como una piedra filuda son reales/ como una piedra en el cuerpo son reales/ como un grito los nichos son reales/ los nichos y las fosas no lo olvidas/ una sola muerte no lo olvidas/ una sola muerte no se puede olvidar”. Por otro lado, en este universo la muerte corresponde no solo a la única vía de liberación, al verdadero éxodo, sino también a la única oportunidad que tiene el individuo de fundirse con la naturaleza y los dioses: “Era como si el espíritu de la montaña hubiera entrado a sus entrañas y ahora hablara cantando, arrastrando su canción”.

Finalmente, todos sucumben al “mal amor”, pues, como se afirma en el canto de las almas, al final, parece ser lo único que trascenderá el tiempo y el espacio. Ello explica por qué la imagen de la hoja de afeitar de la posdata nos remite súbitamente a una puerta, a través de cuya apertura creemos percibir una luz fulgurante hacia el infinito.

Olga Lucía Saavedra Chávez